

PS

Q.p

EL CANCIONERO
DEL ESCLAVO

EL CANCIONERO

DEL

ESCLAVO

COLECCION DE POESÍAS
LAUREADAS Y RECOMENDADAS POR EL JURADO
EN EL CERTÁMEN CONVOCADO POR LA
SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA.



MADRID

PUBLICACIONES POPULARES
DE LA SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA

CALLE DEL SOLDADO, NÚM. 4

1866

IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

861
C215
1866
EJ. 1

CERTÁMEN POÉTICO.

La Sociedad Abolicionista Española, que no puede desconocer el saludable influjo que en todos tiempos ha ejercido la poesía en cuantas causas ha tomado bajo su noble patrocinio, deseosa al mismo tiempo de proporcionar un nuevo triunfo á nuestros ingenios, ha resuelto convocar un concurso para premiar las tres mejores composiciones poéticas, escritas sobre el siguiente tema:

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Se adjudicarán tres premios, á saber:

- 1.º Medalla de oro y título de socio honorario, al autor de la composición que, á juicio del Jurado, ocupe el primer lugar.
- 2.º Medalla de plata y título de socio honorario, al autor de la que sea calificada en segundo lugar.
- 3.º Mención honorífica y título de socio honorario, al autor de la poesía que, después de las

anteriores, se considere como la de mayor mérito.

Estas tres composiciones se imprimirán á expensas de la Sociedad, entregándose á los autores una parte de la edicion.

El Jurado se reserva, sin embargo, el derecho de no adjudicar cualquiera de los premios anteriormente dichos, cuando, en su opinion, las poesías presentadas no reúnan las condiciones necesarias para obtenerlos.

Quedan los aspirantes en absoluta libertad para elegir el metro, forma y extension de sus obras.

Los señores que tomen parte en el concurso, dirigirán sus producciones, ántes del 20 de Mayo próximo, al Secretario de la SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA, calle del Soldado, núm. 4, cuarto principal izquierda, Madrid.

La remision debe hacerse bajo sobre que contendrá la poesía sin firma, pero precedida de un lema, el cual se repetirá en la cubierta de un pliego cerrado, incluyéndose en él el nombre del autor, su residencia y domicilio.

El Jurado que ha de calificar las producciones que se presenten, lo formarán los señores

D. Wenceslao Ayguals de Izco.

D. Ventura Ruiz Aguilera.

D. Miguel de los Santos Alvarez.

D. Juan Martinez Villergas.

D. Emilio Castelar.

D. Mariano Carreras y Gonzalez.

La adjudicacion de los premios se hará en session pública y solemne, dándose lectura de las composiciones premiadas, y abriéndose despues los pliegos que contengan los nombres de sus autores.

Madrid 31 de Marzo de 1866.

SOCIEDAD ABOLICIONISTA ESPAÑOLA.

ACTA DEL JURADO QUE HA ENTENDIDO EN EL CERTÁ-
MEN LITERARIO ABIERTO POR LA MISMA SOCIEDAD
PARA PREMIAR LAS TRES MEJORES COMPOSICIONES
POÉTICAS ESCRITAS SOBRE EL TEMA DE LA ABOLI-
CION DE LA ESCLAVITUD.

Reunidos el día 21 de Mayo último los señores D. Wenceslao Ayguals de Izco, D. Emilio Castelar, D. Ventura Ruiz Aguilera, D. Miguel de los Santos Alvarez, D. Juan Martinez Villergas y don Mariano Carreras y Gonzalez, nombrados por la Junta directiva de la *Sociedad Abolicionista Española* para formar el Jurado que debe entender en el certámen literario abierto por la misma Sociedad, con el objeto anteriormente indicado, procedieron en el mismo día y siguientes al exámen de las composiciones presentadas.

Setenta y seis eran estas, y todas se leyeron en alta voz por uno de los individuos del Jurado, discutiéndose detenidamente su mérito absoluto y relativo.

Para graduar uno y otro, el Jurado creyó que debía tener en cuenta, no sólo las condiciones literarias, sino también, y muy principalmente, la pertinencia de las composiciones examinadas, dando un lugar preferente á aquellas que, á su belleza estética, reuniesen las circunstancias de tratar con más extensión y profundidad el tema sobre el cual versa el certámen.

Tal es el criterio que ha guiado en sus juicios al Jurado, y se apresura á confesar que, sin él, se hubiera visto más de una vez perplejo para dictarlos, porque entre las setenta y seis composiciones mencionadas, hay no pocas sobresalientes, bajo el punto de vista exclusivamente literario, habiendo demostrado en esta ocasión nuestros ingenios, cuán alto rayan en su astro poético y en su entusiasmo por la noble causa de la abolición de la esclavitud, que estaban llamados á celebrar con sus cantos.

Pero aún entre esas mismas composiciones todas dignas, como hemos dicho, de aplauso, literariamente consideradas; unas versan sobre la caridad en general, más bien que sobre la abolición de la esclavitud, que siendo un acto de tan alta virtud,

no puede confundirse con ella: otras cantan especialmente el hecho de la emancipación de los esclavos en los Estados-Unidos, empequeñeciéndolo así, por grande que aquél sea, el tema de suyo indeterminado, como lo indican los términos en que está redactado: otras contienen pensamientos que, aunque sublimes y generosos, pudieran interpretarse como contrarios al orden legal que esta Sociedad esencialmente humanitaria y pacífica tiene el deber de acatar: otras, en fin, ó divagan demasiado, dejándose llevar sus autores de la vivacidad de su imaginación, ó se concretan á un solo aspecto del tema propuesto por la Sociedad; y de todos modos, ninguna reúne tantos títulos según el criterio anteriormente establecido, como las tres que llevan respectivamente por lema:

1.^a

El altar del bien público, como el de la divinidad, no exige sacrificios bárbaros: tened presente que las lágrimas del dolor son abrasadoras, y nunca compondeis con ellas una bebida refrigerante, porque contienen un veneno corrosivo que os devorará las entrañas.—BENTHAN.

2.^a

El imperio de los tiranos dura un día; el de la unidad será eterno.

3.^a

¿No temeis la tempestad que 600.000 esclavos pueden levantar en el pacífico mar de las Antillas? El que no teme un castigo no cree en la justicia que rige toda la vida, no cree en Dios, que preside toda la historia.—
CASTELAR.—*Los crímenes de la esclavitud.*

Por cuya razon el Jurado, unánimemente, estima que los autores de las tres composiciones dichas, son los que han merecido los premios ofrecidos por la Sociedad, debiendo adjudicarse:

La medalla de oro y el diploma de socio honorario, al autor de la primera.

La medalla de plata y el diploma de socio honorario, al autor de la segunda.

Y la mencion honorífica con el diploma de socio honorario, al autor de la tercera.

No obstante, el Jurado, teniendo en cuenta la inspiracion que resalta en las composiciones á que anteriormente se hace referencia, no puede ménos de recomendarlas á la consideracion de la Junta directiva de la Sociedad, para que, si lo juzga oportuno, se sirva darles publicidad, de acuerdo con sus autores. Estas composiciones son, en concepto del Jurado, las siguientes:

LEMAS.

1.^a

Æterna Spes.

2.^a

Todos tus hijos somos:
el tártaro, el lapon, el indo-ruso,
el tostado africano
es un hombre, es tu imágen y es mi hermano.

MELLENDEZ VALDÉS.

3.^a

La sexta: Redimir al cautivo.—(OBRAS DE MISERICORDIA.)

4.^a

Scribere jussit, patria.

5.^a

Dilectio proximi malum non operatur: plenitudo ergo legis est dilectio.

S. PABLO.—*Epist. ad rom., cap. XIII, v. 10.*

6.^a

Todo lo que quereis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos.

EVANGELIO SEGUN S. MATEO, c. VII.

14

7.^a

¿Y á los libres hijos vuestros
Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?

CERVANTES.—*La Numancia.*

8.^a

«¡El hombre es libre!»

9.^a

Amaos los unos á los otros.—(JESUCRISTO.)

10.^a

¡Llor á la libertad! ¡Ya no hay esclavos!

11.^a

Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.

RIOJA.

12.^a

Cada palabra del Evangelio rompe un eslabon de la
cadena de los esclavos.

LACORDAIRE.

15

13.^a

Todo á humillar la humanidad conspira.

QUINTANA.

14.^a

Todo á humillar la humanidad conspira.

Madrid 1.º de Junio de 1866.—WENCESLAO
AYGUALS DE IZCO.—JUAN M. VILLERGAS.—VENTURA
RUIZ AGUILERA.—MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.
—EMILIO CASTELAR.—MARIANO CARRERAS Y GON-
ZALEZ.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

El altar del bien público, como el de la Divinidad, no exige sacrificios bárbaros: tened presente que las lágrimas del dolor son abrasadoras, y nunca compondreis con ellas una bebida refrigerante, porque contienen un veneno corrosivo que os devorará las entrañas.

(BENTHAM.)

¡Oh musa del dolor! Dame tu llanto
Más hondo, más acerbo y dolorido;
Sea mi voz un lúgubre gemido,
Un ¡ay! desgarrador sea mi canto.
Si en tu culto mi fe y ardiente celo
Merecen recompensa,
Dame lágrimas tristes, sin consuelo,
Para llorar una desdicha inmensa.
Y tú, Indignacion santa, tú, que inspiras
Fuertes impulsos á los fuertes pechos,
Que á las terribles iras
Del noble corazon vienen estrechos;
Llega, enciende mi alma,

Sopla en ella tus recias tempestades,
Que enfrente á la maldad de las maldades
Es oprobio la paz, mengua la calma.

¡Horrible esclavitud! En tu presencia
¿Qué mano generosa
Suscribir quiere la sentencia odiosa
Que entrega á la codicia la inocencia?
¿Quién pone tu dogal, tu marca imprime?
¿Quién en cólera justa no se inflama?
¿Quién, angustiado el corazon, no gime
Y á Dios y al mundo en su socorro llama?
¡ESCLAVITUD! ¿Cómo este horrible nombre,
Que es opresion, iniquidades, llanto,
Fuerza brutal, depravacion, espanto,
Puede el hombre escuchar? ¡Qué digo el hombre!
Dijérase que aterra,
Que inspira el horror mismo
En el mar proceloso, en la ancha tierra,
De la region del sol, hasta el abismo.

El rugir del leon ensangrentado,
La tórtola, arrullando con voz tierna,
La estéril roca, el valle dilatado,
El ardiente volcan, la nieve eterna,
Las aves que nos cantan sus amores,
La aurora purpurina,
El huracan, el céfiro, las flores,
El sáuce que en las aguas se reclina,
El torrente que estrago en pos derrama,

Fecundador el caudaloso rio,
La escarcha y el rocío,
La fuente que murmura, el mar que brama,
La garza que hasta el cielo se levanta,
La fiera que su presa descuartiza...

Todo le dice al hombre que esclaviza:

«¡*Sacrílego!* has hollado la ley santa!»

¿Y no hay piedad, justicia, ni derecho?

¿Todo se escarneció, todo se afrenta?

¿La voz de la tormenta

Por qué no he de alentar dentro del pecho,

A despertar de su mortal desmayo

Un pueblo de dolor y oprobio lleno,

Y hablarle con el trueno,

Y escribir con el rayo?

¿Qué vale inútil lira

Por el despecho rota,

Si hiel mi corazon y sangre brota?

¡Oh, quién pudiera el dia de la ira,

Cuando tiemble el tirano

Ante el esclavo que justicia implora,

Con la cadena en la sangrienta mano,

Así exclamar con voz aterradora:

«¿Qué has hecho de mi claro entendimiento?

» ¡Entregarle al verdugo y al tormento!

» Viste de mi martirio la tortura

» Con semblante sereno,

» Siempre agotando el cáliz de amargura,

» Por tí, siempre cruel, otra vez lleno.
 » Arrullaban tu sueño la armonía
 » De mis ensangrentados eslabones,
 » Mis gritos de agonía,
 » Mis blasfemias y horribles maldiciones.
 » Tu justicia es el cuero que desgarras,
 » Tu moral el terror que me amedrenta,
 » Tu piedad es la cólera sangrienta,
 » Tu ley es la cadena que me amarra.
 » ¿Con qué infernal, impío privilegio,
 » Mártires haces y les niegas palma?
 » Has profanado el templo de mi alma
 » Con nefanda impiedad y sacrilegio.
 » ¿Dónde está mi virtud, mi honor á dónde?
 » ¡Mis delirios sangrientos, increíbles,
 » Mis vicios y mis crímenes horribles
 » Son tuyos, tu obra son, de ellos responde!
 » ¿Quién es vil? ¿Quién infame?...»
 Cuando el Juez Infalible, Soberano,
Los reos de opresion airado llame
 Y los coloque á la siniestra mano,
 Y les diga: «*¡Opresores de la tierra,*
Gemid en el infierno eternamente!»
 ¡Quién pudiera clamar, alta la frente:
 «*¡ESCLAVITUD!* yo te hice cruda guerra;
 » El anatema por mi Dios lanzado
 » De fuego en caracteres dejé escrito,
 » Con voz atronadora la he maldito,

» Con lágrimas de sangre la he llorado!»
 ¡Inútil anhelar, vana esperanza,
 Ilusion á las veces importuna,
 Del santo amor al bien! Pero ¿qué alcanza
 Sin genio, sin poder y sin fortuna?
 Sofocará mi voz ese coloso
 Que á su imperio infernal no encuentra valla,
 La codicia feroz... ¡Ay! alma, calla
 En forzado silencio congojoso,
 Y tu acerbo dolor quédese oculto
 Al escarnio, á la befa y al insulto.
 ¡Poner al corazon una mordaza...
 Sofocar la piedad dentro del pecho...
 Ver holladas justicia, ley, derecho,
 Y entre torturas la oprimida raza,
 Trocando en arma vil la inteligencia,
 Darla por auxiliar á la obra impía!...
 ¡No, no; entona, alma mia,
 El canto del deber y la conciencia!
 Si el poeta inspirado
 Con su celeste fuego no te inflama,
 A Dios y al mundo clama
 Con la sentida voz de un pecho honrado.
 Quiero llevar mi piedra á la gran obra,
 Una chispa á la hoguera,
 Un ¡ay! á la congoja lastimera,
 Sin cobarde temor, ni vil zozobra.
 Quiero execrar el dolo y la malicia,

Quiero adorar lo que es divino y santo,
 Quiero enjugar de la inocencia el llanto
 Con mis labios sedientos de justicia.

El pecho noble la opresion combata,
 Guerra al oprobio en declarar no tarde,
 No se envilezca en inaccion cobarde,
 Ni en el silencio que el derecho mata.

¿Mirareis sin horror el negro crimen
 De lesa-humanidad?... ¡Oh, nó! ¡Almas buenas,
 Romped esas cadenas,

Llevad santo consuelo á los que gimen!

¿Quién osa defender con torpe lengua
 El atentado de execrable nombre?

¡Hombres, venid á redimir al hombre;
 La causa es santa, desertarla mengua!

Venid los que surcais con tosca mano
 El fecundado suelo;

Venid los que buscáis, del genio en alas,
 Nuevas estrellas en el alto cielo;

El pio anacoreta

Que la pompa falaz huye del mundo;

Inspirado el poeta;

El artista fecundo;

El compasivo que el dolor socorre;

El grave pensador, el que delira,

El que tímido avanza, el que recorre

Los nuevos mundos que la fé le inspira;

La vírgen del Señor, que ve en la tierra

Peligro, tentacion, iniquidades;
 El que lanza los rayos de la guerra;
 El que arrostra del mar las tempestades...

Venid de los palacios y cabañas,
 Todos venid, los de armonioso canto,
 Todos venid, los de amoroso llanto,
 Todos venid, los que teneis entrañas.

¿Qué importa quien os llama?

¿Para clamar: «¡Honor! ¡Justicia al hombre!»

Es menester un nombre

Que llene el ancho mundo con su fama?

Yo ví cubiertos de apiñada nieve
 El humilde tomillo y fuerte encina,
 El valle, la montaña, la colina:
 Yo desprenderse ví fragmento leve
 De una escarpada roca

Que allá en las nubes toca,

Y la nieve arrastrar precipitada,

Y rodando crecer de tal manera

Que salva la pradera,

Por el bosque talado

Abriéndose ancha calle,

Traspasa la colina, llega al valle,

No la detiene el rio,

Arrasa el caserío,

Y la débil cabaña,

Y el torreón feudal en sus cimientos,

Y, cual si fueran de flexible caña,

Los árboles arranca corpulentos.

Voz de mi corazón, acento mío,
 ¡Oh, no mueras sin eco en el vacío!
 Al desprenderte de mi pecho amante,
 Que de horror se estremece,
 Como la roca desgajada, crece,
 Y corre, y sé robusto, y sé gigante.
 ¿Nadie te ha de escuchar? ¿Triunfará impía
 Esa horrible maldad que al mundo espanta?
 ¿El noble grito de la causa santa
 Ha de morir sin eco, patria mía!
 ¿Tu pueblo ha de llegar á la presencia
 Del Infalible Juez y ser maldito?
 ¡Oh! vuelve en tí, ya es hora, yo te cito
 Para ante el Tribunal de tu conciencia!
 ¡Dime! ¿Quieres ser sola
 Escándalo de pueblos y de reyes,
 La que el derecho y la justicia inmola
 Al sancionar tus execrables leyes?
 ¡Dime! ¿Quieres romper los santos lazos
 Que formados por Dios venera el hombre,
 Y á crímenes sin nombre,
 Cual ramera, cruel, abrir los brazos?
 Si has de dar tu bandera á esas legiones
 Que la arrastran envuelta en sangre y lodo,
 Cifrando en la ganancia su honor todo,
 Trueca en gusanos viles tus leones.
 Donde el esclavo llora

Se abre la horrible caja de Pandora;
 No hay dulce amor, ni matrimonio santo,
 Castidad ni pudor en las mujeres;
 El instinto brutal da nuevos seres,
 Y la codicia grita: —«*Valen tanto.*»
 A los míseros padres
 Se vedan los más puros regocijos,
 Y se roban las madres á los hijos,
 Y se arrancan los hijos á las madres;
 Se contempla el dolor con fría calma,
 Se vende el cuerpo, se aniquila el alma.
 Cobarde, suspicaz la tiranía,
 Allí sueña, temblando, rebeliones,
 Y al tormento le pide confesiones,
 Y al verdugo que acabe la obra impía (1).
 Sedienta la codicia de un tesoro,
 Criminales inventa, hiere, mata,
 O miente compasión y los rescata;
 De la inocente sangre brota el oro (2).

¡Oh, Esclavitud! Donde execrable imperas,
 ¿Con qué fuego infernal el pecho inflamas?
 ¿De los hombres no basta que hagas fieras?
 ¡Las mujeres también! ¡Las nobles damas!
 ¡Vergüenza! ¡Horror! Mirad, mirad aquella,
 Tras de pueril querella,

(1) Histórico.

(2) Histórico.

Que en leona furiosa se convierte,
 De la esclava sujeta al fiero yugo,
 Juez sin Dios y sin ley, feroz verdugo,
 Gozarse en los tormentos y en la muerte (1).
 El mercader infame, el hombre-hiena
 Que vil trafica con la raza triste,
 Hierde sin compasion al que resiste.
 Allí... ¡Qué horror! El alma se estremece,
 La crueldad tortura, el hambre mata,
 El pudor se atropella y escarnece...
 El poder del infierno se dilata.
 Á sus naves la arrastra y encadena.
 Avaricia feroz, torpe cinismo,
 'Todo un mundo de horror, de iniquidades...
 Desencadena ¡oh mar! tus tempestades,
 Sepulta ese bajel en el abismo.
 Por tus ondas rugientes arrojados
 Esos hombres feroces,
 No escuche la piedad sus roncas voces,
 Y sean de las playas rechazados,
 Y no hallen una tabla mal segura,
 Ni el faro los alumbre en las montañas,
 Y encuentren sepultura
 De algun mónstruo marino en las entrañas.
 ¿Cuál es la tierra impía,
 El pueblo miserable y degradado

(1) Histórico.

Que se presta cruel á ser mercado
 De aquella desdichada mercancía?
 ¡Uno tan solo! y al surcar las olas
 Ese navío temeroso, incierto,
 De todos execrado, encuentra puerto
 Solamente en las playas españolas.
 ¡Oh vergüenza! ¡Oh dolor! ¡Oh patria mia!
 La triste frente esconde.

¿Dónde huyeron, á dónde,
 Tu gloria, tu virtud y tu hidalguía?
 ¿Y para eso has llevado en tus entrañas
 Tantos hijos gloriosos, inmortales,
 Y pregonó la fama tus anales,
 Y llenaron el mundo tus hazañas,
 Y heróica derramaste el *Dos de Mayo*
 Torrentes de tu sangre generosa,
 Y en Bailén, y en Tolosa,
 Y se alzó en Covadonga Don Pelayo?...
 ¡Santos recuerdos! ¿Para qué los nombras,
 Si tu ignominia su memoria afrenta?
 A pedir de su honor terrible cuenta,
 ¿No ves alzarse las gloriosas sombras?
 ¡Gonzalo, Hernan, el Cid, Pulgar, Padilla...
 El hombre en vuestra patria esclavo gime!
 Tú, divino Colon, genio sublime,
 ¿Diste un mundo á Castilla
 Para que en él clavando sus pendones
 Extenso campo á la maldad abriera,

Y el mónstruo que rechazan las naciones
 Allí patrocinado se acogiera?
 ¿Qué nos vale decir con arrogancia,
 Poniendo por testigo al justo cielo:
 «Ya no hay esclavos en el noble suelo
 » Donde se alza Gerona y fué Numancia?»
 ¿Y América infeliz? ¿Por qué inmolada
 Siempre ha de ser á codiciosas manos?
 ¿Allí los hombres no serán hermanos?
 ¿No está la Cruz del Gólgota plantada?
 ¿No hallará el bueno paz, consuelo el triste?
 ¡Oh patria, vuelve en tí, que harto serviste
 De instrumento al error y á la codicia!
 Donde se invoca el nombre de tus reyes,
 Donde están tus guerreros y tus leyes
 Estar deben tu honor y tu justicia.
 Y tu honor está allí: cuando altanero
 Hay quien le ultraja, en cólera te enciendes
 Y en lucha desastrosa le defiendes;
 Está bien, el honor es lo primero.
 Pero ¿qué es el honor, dime, lo sabes?
 ¿Es el valor indómito en la guerra?
 ¿Es cubrir de cadáveres la tierra,
 Y los abismos de vencidas naves?
 ¿Es el mundo sentir que viene estrecho
 Y quererle llenar de tus hazañas?...
 Si eso piensas, te engañas:
El honor es la fuerza y el derecho.

¿En América luchas? Si vengada
 Cruzares el Pacífico altanera,
 Mientras cobije esclavos tu bandera
 Grande no puedes ser, ni respetada.
 El deber en los nobles corazones,
 Ni la verdad que de los labios brota
 ¿Ha de quedar aniquilada y rota
 Por el fiero tronar de tus cañones?
 ¡No, no! los ayes de la triste raza
 Que sujetas cruel á la coyunda,
 Cubren tu pabellon de mancha inmunda
 Y atraviesan tus naves de coraza.
 Y aunque la fama hasta los cielos suba
 De tu heróico valor y tus hazañas,
 Corroe tus entrañas,
 Gusano vil, la esclavitud de Cuba.
 En vano triste acudes;
 La ley invocas, de rubor cubierta,
 En vano; sigue abierta
 La sima del honor y las virtudes.
 De dar altos ejemplos celebrados
 La inícua tentacion no se recela;
 Allí es la gran escuela
 Propia para formar grandes malvados.
 La Esclavitud te lanza
 Un pueblo que no escucha tus gemidos;
 Sus hijos le devuelves corrompidos,
 ¡Oh América! ¡terrible es tu venganza!

Mas ¿por qué la provoca?
 ¿Qué derecho, qué ley, qué Dios invoca?
 El tiempo... El interés... De Cuba el suelo
 Con dolor se fecunda, con espanto;
 Há menester del oprimido el llanto...
 Es el rocío que le envía el cielo.

¡Oh! ¡Si existe una tierra
 Que los tesoros que su seno encierra
 Sólo puede ofrecer gimiendo esclava,
 Talen sus campos récios huracanes,
 Inundadla, volcanes,
 Con vuestros rios de candente lava!
 ¡Pero no, detened! El Ser Supremo,
 Fuente de amor sublime y de armonía,
 No creó ese interés y lucha impía.
 Calumnias á tu Dios, hombre blasfemo
 Que confundes su ley con tus errores,
 Que sumas y que restas los dolores
 En el libro infernal de tu codicia,
 Oráculo de viles corazones.

La Historia se lo ha dicho á las naciones:

El cálculo mejor es la justicia.

¿Por qué ¡raza infeliz! te fué negada?
 ¿No has sido en el Calvario rescatada?
 Hijos todos de Dios, son tus hermanos
 ¡Oh mísera inocente!
 Los que encadenan tus robustas manos
 Y de oprobio y dolor cubren tu frente.

¿Qué ley de maldicion, qué ley de horrores
 Tu cuello al yugo sin piedad inclina?
 De la mente divina
 Esclavos no han salido ni opresores.

¿Cuándo ¡pueblo infeliz! llega la hora
 Y llega el salvador que te redime?
 ¿Quién ve tus desventuras y no gime?
 ¿Quién mira tus tormentos y no llora?
 ¿Cuál tu delito fué, cuál tu pecado,
 Si, áun amarrada á la servil cadena,
 Tu alma pura y serena
 Su origen celestial ha revelado? (1)
 Tu corazon latiendo generoso
 Rompe á veces el yugo que le humilla,
 Como al mediar de un dia tenebroso
 Las nubes rasga el sol y puro brilla.
 ¡Oh! Te calumnian tus verdugos fieros
 Al torturarte sin piedad, te infaman,

(1) Sabidos son los muchos ejemplos de fidelidad y abnegacion dados por los negros, cuya benevolencia es bien conocida de todo el que los ha estudiado sin pre-
 venciones interesadas. Hay un hecho notable, que no
 queremos dejar de consignar aquí. En la Martinica
 fué imposible hallar entre los negros quien se pres-
 tase á ser verdugo. Cuando esta plaza vacó la última
 vez en la audiencia de Valladolid, hubo *trece* preten-
 dientes; uno habia sido presidiario; los doce restantes,
de buenos antecedentes.

Con nombres viles tu desdicha llaman
 Y escarnecen tus ayes lastimeros.
 ¿Cómo has de levantar al firmamento
 La triste frente que el oprobio infama?
 Traga la esclavitud el pensamiento
 Como el roto bajel la mar que brama.
 Mas si fuera verdad que al africano
 Vedára Dios meditacion profunda,
 Y el arte, de la paz madre fecunda,
 Y el impulso del genio soberano;
 ¿Del Cáucaso á la raza poderosa
 Le habrá dicho el Señor: — « Marcha orgullosa,
 » Rasga mi ley, sofoca tu conciencia,
 » Cambia tu cetro en hacha de verdugo,
 » Recibe un alto don, la inteligencia,
 » Forja con ella un execrable yugo? » —
 ¡Blasfemia! ¡Iniquidad!... Cuando se encumbra
 Una raza, un mortal de fuerza lleno,
 Dios le manda: — « Sé justo, grande, bueno, » —
 Como le dice al sol: — « Brilla y alumbrá. » —
 ¡El genio y la virtud en cruda guerra!
 Lucha imposible que el Infierno ansía.
 ¿No mirais descender raudo á la tierra
 El ángel de la paz, que Dios envía,
 Y al contemplar en todas las regiones
 Los pueblos y naciones
 Donde la Cruz del Gólgota se adora,
 « Ya no hay Esclavitud » dice, y un canto

Entona de amor lleno y gozo santo?
 Mas llega á España, y sin consuelo llora,
 Y esta lágrima pura
 De sublime dolor, sube hasta el cielo,
 Y cae en nuestro suelo
 En oprobio tornada y desventura.
 ¡Piedad, mi Dios, piedad, si tu ley santa
 Hemos hollado con impía planta!
 ¡Ay! Sordos á tu voz, nuestro pecado
 Es horrendo, execrable;
 Mas no sea tu cólera implacable
 Con un pueblo que gime atribulado.
 Del mísero africano los clamores
 Allá en otro hemisferio repetidos,
 ¡Cuántas veces sofocan los gemidos
 De los propios dolores!
 ¡No nos mires, Señor, con ceño adusto;
 Le cuesta al desdichado alzarse justo!
 ¡Oh amigos del que sufre! ¡Oh mis hermanos!
 ¡Oh buenos hijos de la patria mia!
 Que luzca esplendoroso el bello dia
 Que esclavos no consienta ni tiranos.
 Rechazad con horror la vil herencia
 Que los siglos culpables os legaron,
 Cuando impíos al hombre encadenaron;
 No alegueis el temor de la impotencia,
 No: tened voluntad, con ella es fuerte
 Quien la justicia eterna firme invoca;

No; tened voluntad, ella convierte
 La deleznable arena en dura roca.
 La ferviente plegaria, el celo santo,
 La dulce compasion, el triste llanto,
 No se pierden sin eco en el vacío:
 Toman cuerpo á la voz Omnipotente,
 Y aterrado el impío
 Los ve caer y aniquilar su frente.
 Tal del extenso valle y la colina,
 Y del rio y la fuente cristalina
 Se alza vapor ligero,
 Que invisible primero,
 Subiendo hasta la cima del Moncayo,
 Forma la nube do se engendra el rayo.
 ¡Oh, patria! Lava ese borron inmundo,
 Antes que, escarneciendo tus blasones,
 De tu maldad se escandalice el mundo
 Y á su barra te llamen las naciones,
 Y desde el Neva á la region remota
 Pregonen los verdugos tu injusticia,
 Y clavando tu nombre en la picota
 Por la fuerza te impongan la justicia.
 ¡Dime! ¿Y al miedo cederás cobarde
 Lo que injusta negáras al derecho,
 Ó en la frente el rubor, la íra en el pecho,
 De tu indomable arrojo harás alarde?
 Si te alzas orgullosa y altanera,
 Si á la voz del coraje todo calla,

¿Quién dará bendicion á tu bandera?
 ¿Qué Dios invocarás en la batalla?
 El altar en que brilla un Crucifijo
 No puede ser tu altar. ¿Y á dónde fuerte
 Hallarás quien se ria de la muerte?
 ¿Cuál madre te dirá: «Toma mi hijo,
 » Que derrame su sangre generosa
 » Hasta el postrer aliento de la vida
 » Por esa causa odiosa,
 » De Dios y de los hombres maldecida?»...
 ¡Oh! ¡Ninguna! ¡Jamás! Si hollas las leyes
 Del augusto deber y virtud santa,
 Que pisen tu garganta
 Los pueblos victoriosos y los reyes.
 ¡Dolor acerbo! No, no luzca el dia,
 Llorado eternamente,
 De confusion, de horror y de agonía;
 Que el justo al pelear te mire enfrente.
 Yo, de hinojos postrada,
 Te lo pido por Dios, ¡oh patria amada!
 Oye la voz de tu celeste Padre;
 Rompe con la maldad el torpe lazo;
 No le prestes la fuerza de tu brazo;
 No nos cause rubor llamarte madre.
 No más de esos nefandos regocijos
 En que gime el honor y la inocencia;
 Si fué la Esclavitud tu horrible herencia,
 La santa Libertad lega á tus hijos.

Que el esclavo te mande,
 Saludo de alto honor á tu bandera,
 Su merecida bendicion primera.
 Sé justa ¡oh patria mia! y serás grande.

CONCEPCION ARENAL.

Coruña.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

DEDICADA Á MI BUEN AMIGO

EL SEÑOR DON ANTONIO HERNANDEZ DE LA MOLINA.

El imperio de los tiranos dura un dia,
 el de la unidad será eterno.

¡Sonó la hora del perdon!... ¡El ruego
 Del Hijo escucha el Padre Omnipotente:
 Extinto ya de su justicia el fuego,
 La luz de la piedad baña su frente,
 Y el triunfo es del amor!... ¡Un sol divino
 Con nunca visto resplandor fulgura;
 Su rayo peregrino
 Al mundo paz y venturanza augura!
 Y la raza rebelde y pecadora,
 Que del cielo proscrita
 Atada al polvo y abatida llora,
 Torna los ojos al celeste rayo,
 Y de esperanza y júbilo palpita,
 Volviendo, al fin, de su mortal desmayo.

Y cuando amor le trae,
 Y amor inspira y fraternal ternura,
 Y á sí los pechos por amor atrae:
 Cuando le guia amor y amor le alienta,
 Y en holocausto del amor se ofrece
 En la cumbre del Gólgota sangrienta;
 Y cuando allí, tras funerario velo,
 Su inmenso amor se exhala y resplandece,
 Engarzando al morir el mundo al cielo;
 ¿Pudo el hombre, más tarde, pudo impío
 Al faro salvador cerrar los ojos,
 Sentir el pecho para el bien vacío,
 Y henchido al par de ingratitud y enojos?

¡Pudo, sí, pudo!... Y la sublime idea,
 Que acarició el Jordan, y en la alta cumbre
 Del Calvario la sangre purifica,
 Que bañando la Cruz cálida humea
 Y mancha á la proterva muchedumbre
 Que en tan negro suplicio se recrea,
 Nueva sangre despues la magnífica,
 Que vierte infiel cuchillo,
 Y sosteniendo incólume su brillo,
 La aclama por do quier y glorifica.

¡Vedlo, si no!... La fementida Roma
 La opone alzado valladar, y airada
 Las recias armas á la lucha toma,
 En sus ídolos falsos confiada.
 Mas ¿dónde los guerreros

Que intenta avasallar?... ¿A dó se esconden
 Los paladines de la santa idea,
 Que al bárbaro clamor de la pelea
 Con desnudos aceros no responden?

¡Hélos, oh Roma, allí!... ¡Ah!... ¡te saludan
 Con la paz del Señor!... ¡son tus hermanos!...
 ¡Brindando amor, con el amor se escudan,
 Y á tí llegan tendiéndote las manos!
 ¡Esas las huestes son que hora combates!...
 ¡Para ellas guardas nítidos laureles,
 Cuando al verlas de rabia y odio lates!!

En balde el triunfo anhela,
 Y en sed de estrago cual leona herida
 Ruje, y cruel á exterminarlas vuela,
 De Satán por la cólera impelida...
 En balde tiende la espantosa garra
 Y en el inerme seno
 Clavándola sañosa,
 Los miembros con placer rompe y desgarrá,
 Hartándose de sangre generosa:
 Que esa sangre fecunda
 Del ancho circo la infecunda arena,
 Y la unidad allí su imperio funda,
 Do corre en más ardiente y larga vena.
 ¡Allí vida recibe
 Do parece espirar; y sus proezas
 Con sangre de sus mártires escribe!...
 ¡Por ella vela Dios, y cuando Roma

Con su alto Capitolio se desploma,
La santa idea sobre Roma vive!

Mas ¡ay! ¿será que el hombre,
Al aclamarla en la anchurosa tierra
Y al bendecir su nombre
Como lazo de paz y bienandanza,
Abra do quier palenque á infanda guerra,
Robe al hombre, su hermano, la esperanza,
Y velando hasta el crimen con su lumbre,
Y en la traidora mano presto el yugo,
Le reduzca á humillante servidumbre,
Convirtiéndose en déspota y verdugo?

¡Parece, pues, que tan sublime idea,
Que al emanar de Dios hija es del cielo,
Caber no puede en el maldito suelo,
Do la opresion campea,
Cavando á la razon tumba de hielo!

¡Amor!... ¡fraternidad!... ¡Soñada gloria!!!
¡Siempre la fuerza, y por do quier triunfante
Manchando con sus crímenes la historia!...
¡Siempre el oscurantismo
Ligando en dura amarra el pensamiento!...
¡Siempre su juez; y con su inmundo aliento
Anublando su antorcha al cristianismo!...
¡Siempre con la unidad en lucha impía,
La púrpura ciñéndose á deshora,
Írgue su faz la horrenda tiranía;
Y al poder de su saña destructora,

Gime la libertad en noche umbría,
Y el mundo siempre entre cadenas llora!

¡Volved, si no, los ojos:
Allí do el hombre en iras se levanta,
Verdes y amenos campos torna rojos!...
¡Allí se alza el tormento
Que los miembros quebranta!
¡Allí se escucha horrísono lamento!...
¡Allí son las hogueras!...
¡Allí la triste humanidad se agita,
Ya moribunda, en convulsiones fieras!...
¡Y allí, saciando el déspota su encono,
Roja la faz, las manos purpurinas,
Asienta audaz su abominable trono
En huesos calcinados y ruínas!

¿Y lo consiente Dios?... ¿Y el rayo ardiente,
Que á su querer sujeto centellea,
No confunde su frente
Y no apaga á la lid su roja tea?
¡Pues qué!... ¿no tendrá fin la ruda saña
Del tirano feroz?... ¡Dios no permite
Que mueva más el brazo á inícua hazaña,
Ni que al mortal contra el mortal excite!

¡Ya su fallo sonó!... ¡Ya al firmamento
De libertad el grito se levanta,
Y cunde por do quier y asorda el viento!...
¡Dulces ecos de amor y gozo traen
Los céfiros y el mar!... ¡Rotos do quiera

Los ominosos eslabones caen
 En que gimió la humanidad entera!...
 ¡Do quier el pueblo, con valor que espanta,
 Sus sagrados derechos reconquista...
 Los déspotas do quier tiende á su planta,
 Como la hoz del segador la arista!
 ¡Sí!... ¡do quier la victoria
 Sonríe á la razon; que Dios no puede
 Negar jamás á la razon la gloria,
 Y el imperio del mundo le concede!
 ¡Qué!... ¿Lo dudais? ¡Pues bien!... llegará el dia
 En que atada la negra tiranía
 Por siempre en polvo yacerá; las manos
 No forjarán entónces duros hierros
 Para luchas de hermanos contra hermanos!...
 Lazo de amor fraterno
 Unirá á las naciones,
 Que enantes se juraban odio eterno;
 Y arrojando los bélicos pendones,
 Y el rencor á la par teniendo en mengua,
 De un polo al otro polo
 No habrá más que una lengua,
 Y no más que una ley, y un pueblo solo!!
 Mas en tanto que llega
 La suspirada hora
 Que el noble corazon de gozo anega;
 Tú, que tras siete siglos, patria mia,
 De oprobio y mengua y lucha encarnizada

Al fin lanzaste á la morisma impía
 De la Libia á la arena abrasadora,
 Enclavando en las torres de Granada
 La enseña redentora:
 Tú, que al tender los brazos
 Enlazaste á tu cetro un nuevo mundo,
 De Dios en nombre, con estrechos lazos:
 Tú, que la voz divina
 Del Evangelio en él sonar hiciste,
 Que sólo al bien y á la piedad inclina,
 Y sábias leyes por su bien le diste:
 Tú la heróica sin par, tú la matrona,
 Que conquistastes inmortal renombre,
 Con la cruz laureando tu corona,
 ¿Consentirás que allí, bajo tu egida,
 El hombre oprima al hombre,
 Árbitro siendo de su suerte y vida?
 ¿Tolerarás que el tráfico enriquezca
 A esa inmunda canalla
 De viles mercaderes,
 Que encuentra en la codicia sus placeres,
 Y sólo en la codicia su Dios halla,
 Y que en público ofrezca
 De su inhumano proceder ejemplo,
 Vendiendo á precio vil con alma impura,
 Allí de Cristo junto al sacro templo,
 Al pobre negro del Crëador hechura?
 ¿Podrás oir el lúgubre gemido,

El ¡ay! desgarrador que delirante
 La madre arroja, á quien el ser querido
 Arrancan de su seno;
 Y el llanto ver que inunda su semblante,
 Y el temblor de su labio, y de sus ojos,
 Donde la saña y el dolor se pinta,
 La expresion elocuente, revelada
 De luz y sombras por siniestra tinta?...
 ¡Oh! ¿mirarla podrás, sin que inflamada,
 Y en alta idea el pensamiento fijo,
 Tu indignacion no estalle,
 Y el pregonar sacrilego no acalle,
 Tornando á la cuitada el tierno hijo?
 ¿Y sustentan las ondas tus bajeles,
 Que heróicos en Lepanto
 Se cubrieron de espléndidos laureles,
 En la armada agarena
 Sembrando luto y confusion y espanto,
 Y no das caza y cuelgas de una entena
 Al bárbaro negrero,
 Que, al zarpar de las costas del Atlante,
 Suelta las blancas lonas altanero,
 Y conduce su quilla,
 Sordo al hondo gemir, de oro anhelante,
 En rumbo audaz á la cubana orilla?
 Y cuando ruge el huracan furioso
 Y el ancho mar enturbia y alborota,
 Que erizándose en montes hervoroso

Con rudos golpes su velera azota;
 Si hendir las olas férvidas le embarga
 Del triste esclavo la gravosa carga,
 ¿Le verás impasible
 A las leyes hacer procaz insulto,
 Y hombre tras hombre, cual inútil bulto,
 Lanzar al agua con crueldad horrible?...
 ¡Oh!.. ¡no!.. ¡nunca!.. ¡jamás!.. ¡Los noblespechos
 Al abatido en su orfandad amparan!...
 ¡Noble eres tú!.. ¡para enarrar tus hechos
 Cien lenguas no bastaran!
 Hoy, anegado en llanto,
 El negro miserable
 Te pide auxilio en su profundá pena,
 Y tú debes sobre él tender tu manto
 Y quebrantar su bárbara cadena!
 ¡Abierto está el camino
 Que te traza el deber!... ¡en él con gloria
 Dar libertad al hombre es tu destino!
 ¿Qué te detiene, pues?... ¿Podrás, acaso,
 Por deslumbrar allí con montes de oro,
 A la santa piedad cerrar el paso
 Y desoir del miserable el lloro?
 ¿No es ántes que ese suelo y su riqueza
 Que al ocio y goce sensual provoca;
 Y ántes que el torpe ambicionar impío
 De esa turba ruin, de alma de roca...
 No es ántes, dulce patria, y no te asombre,

De nobles sentimientos la grandeza
Y la ventura y libertad del hombre?...

¡Cierra los ojos, pues!... ¡alienta y anda!...
¡Rompe ese yugo que al mortal aflige!...
¡Tu propio honor, la humanidad lo exige;
La fe lo quiere así... Dios te lo manda!!

JUAN JUSTINIANO Y ARRIBAS.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

....¿No temeis la tempestad que seiscientos mil esclavos pueden levantar en el pacífico mar de las Antillas? El que no teme un castigo, no cree en la justicia que rige toda la vida, no cree en Dios, que preside toda la Historia.

CASTELAR.—LOS CRÍMENES DE LA ESCLAVITUD.

I.

Porque ayer un pueblo insano
En ley la fuerza trocara
Y un mundo inerme acatara
Sus caprichos de tirano,
Lanzóse en la lucha ufano,
Sin que contener pudiera
Ninguna mortal barrera
El empuje poderoso
Y el girar vertiginoso
De su triunfante carrera.

Entónces vieron las gentes
 Profanados sus hogares;
 Llegó la sangre á los mares
 En espumosos torrentes;
 Poblaron ecos potentes
 Valles, selvas y colinas,
 Y en las tumbas y en las ruinas
 Coloso de la fortuna,
 Alzóse un imperio, cuna
 De las naciones latinas.

Al grito de sus legiones
 Cayeron pueblos y reyes;
 Él impuso nuevas leyes
 A las vencidas naciones:
 De viejas instituciones
 Seguir la senda le plugo,
 Y hacer de la ley un yugo
 Pesado, afrentoso, estrecho,
 De la conquista un derecho
 Y del hermano un verdugo.

II.

Pero al llegar á la cumbre
 El gigante del pasado,
 Volvió al no sér, arruinado

Por su propia pesadumbre:
 De su infame servidumbre
 Legó al mundo la memoria,
 Baldon de su falsa gloria,
 Triste y sangriento despojo
 Que presta el líquido rojo
 Con que se escribe su historia.

Y Roma, la que cautiva
 A la humanidad tuviera,
 Aquella ciudad guerrera
 Que, levantándose altiva,
 Gritó: «yo soy la ley viva,»
 Con ambicioso trasporte,
 La de cien imperios córte,
 Sintióse herida en la frente
 Por la idea del *Oriente*
 Y por las mazas del *Norte*.

Al descender de la altura
 La doctrina redentora,
 Sigue á la noche la aurora,
 La verdad á la impostura,
 La vírgen mística y pura
 A las lascivas vestales,
 A las falsas bacanales

Las plegarias verdaderas,
Y la Cruz á las banderas
De las huestes imperiales.

A la continúa pelea
Sucede la paz ansiada;
Sobre la tajante espada
Se alza la fecunda idea;
Y aquel mundo, que desea
Rasgar su triste sudario,
Repite en concepto vário:
« Amor, justicia, consuelo; »
Leyes que promulga el cielo
En la cumbre del Calvario.

III.

Mas ¡ay! que el genio profundo
De aquella edad, que espiraba,
Con su recuerdo dejaba
En herencia á un nuevo mundo
De la cadena y el *fundo*
Las renacientes semillas...
Ved: del negro en las mejillas
Hay un poema de llanto,

Que entona su último canto
Bajo el sol de las Antillas.

Roma dió nombre á su edad,
Hizo esclavo un hemisferio,
Y ante el poder de su imperio
Sucumbió la libertad.
Hoy tambien la iniquidad
Con hierro oprime las manos,
Y el yugo de los tiranos
Es más innoble y pequeño
Que aquel magnífico sueño
De los Césares romanos.

Ayer el mortal debate,
Con franco grito de guerra,
Daba á la enemiga tierra
El anuncio del combate;
Hoy, del piélago al embate,
Veleras embarcaciones
Llevan á extrañas regiones
La traicion y la sorpresa,
Y se reparten su presa
Mercaderes y ladrones.

Ayer por adversa suerte
 Vencido un pueblo caía,
 Y el vencedor imponía
 La servidumbre ó la muerte;
 Hoy el derecho del fuerte,
 Uno á uno, dos á dos,
 Ciento á ciento, de sí en pós,
 Lleva seres maniatados,
 Y en miserables mercados
 Vende la imágen de Dios.

La gloria de Roma empieza
 Donde su poder espira,
 Y el mundo moderno admira
 La fiebre de su grandeza;
 Pero con ruda franqueza
 La historia dirá mañana,
 Que una sociedad cristiana,
 Sed codiciosa sufriendo,
 Quiso apagarla vertiendo
 Rios de sangre africana.

Sangre que la Providencia
 Nunca en sus fallos olvida,
 Crímen que del fratricida
 Enrojece la conciencia,

Es el fallo que sentencia
 A la maldicion futura,
 Al pueblo cuya locura
 Manchó con actos crüeles
 Un pasado de laureles
 Y un presente de cultura.

IV.

¿La humanidad marcha, acaso,
 Por mano fatal guiada,
 De la existencia á la nada
 Y del oriente al ocaso?
 ¿Nave de inseguro paso
 En Océano desierto,
 Camina con rumbo incierto
 Hácia ignorado destino?
 ¿Nadie la enseña el camino?
 ¿Nadie la conduce al puerto?

Nó: la humanidad avanza
 Con incontrastable fuerza,
 Sin que sus destinos tuerza
 La embriaguez de la venganza;
 De una celeste esperanza
 Mensajera es cada aurora,
 ante su luz bienhechora

El espíritu agitado
 Busca un ideal soñado
 Que el porvenir atesora.

Y al paso que las edades
 Avanzan con giro lento,
 Se dilata el pensamiento
 De las nuevas sociedades:
 Aquí perecen ciudades,
 Allí templos edifican,
 Más allá naves fabrican
 Que los pueblos eslabonan,
 Y nuevas leyes sancionan,
 Y dogmas nuevos predicán.

Y el arte ciñe corona
 Grabada en mármol y bronce;
 Y el soplo de Dios entónce,
 Hinchando la débil lona,
 Se extiende de zona á zona,
 Y de fe las razas llenas,
 Sienten latir en sus venas
 La sangre que, ayer esclava,
 Es hoy volcan cuya lava
 Pulveriza las cadenas.

Por eso, cuando pasados
 Aquellos siglos de lucha
 La humana razon escucha
 El clamor de los mercados;
 Cuando mira profanados
 Los fueros de la justicia
 Por una torpe codicia,
 A Dios en su auxilio invoca,
 Y la protesta coloca
 Enfrente de la injusticia.

Sonora, doliente, grave,
 Su voz el martirio eleva
 Y á cien regiones la lleva:
 En el surco de la nave,
 En la armonía del ave
 Ecos su dolor envía,
 Y el viento, la ola bravía,
 La brisa con soplo blando,
 Vienen su queja cantando
 A la noble patria mia.

V.

Pueblo, cuyos defensores
 No rindieron vasallaje
 Ni á la morisma salvaje,

Ni á los ilustres traidores;
 Pueblo, que á los invasores
 Mostraste su tumba abierta,
 ¡Hidalga nacion, despierta
 Y al suelo la frente inclina,
 Que la justicia divina
 Está llamando á tu puerta!

En vano de tus mayores
 Severo juicio formulas,
 Tiranas leyes anulas
 Y escribes leyes mejores.
 Así como los fulgores
 De una suprema verdad
 Coloran la inmensidad,
 Así el progreso en la tierra
 Ley inquebrantable encierra
 De una sola libertad.

Cuando, roto el lazo estrecho
 De las viejas tradiciones,
 Vayan tus nobles varones
 A conquistar un derecho,
 Con la esperanza en el pecho

Y el ideal en la mente,
 Gritará una voz potente
 Que en el espíritu vibre:
*No existirá un hombre libre
 Mientras un esclavo aliente.*

BERNARDO DEL SAZ Y BERRIO.

Valladolid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD. *

Æterna spes.

¿Habremos de sellar trémulo el labio
Y ahogar medrosos el latido ardiente
Del noble corazon? ¿El torpe agravio
Podremos acallar, si la mejilla
De llanto está surcada? ¿Nuestra frente
En el polvo hundiremos humillados
Para ocultar así nuestra mancilla,
Al fin como cobardes y menguados?

Nunca: que nuestra voz el aire hienda
Y rauda cruce el viento,
Y el mundo todo entienda
El grito santo que mi patria lanza;
Grito que por impulso soberano
Salvando el Oceano,

* Para la insercion de las composiciones que siguen á las tres premiadas, sólo se ha tenido en cuenta el orden alfabético de los apellidos de sus autores.

Lleva á los afligidos corazones,
 En lejanas regiones,
 De redencion la vívida esperanza.

Sí; que existe en la tierra todavía,
 Para mengua y baldon de los mortales,
 La esclavitud impía,
 Y fuerza es ya que nuestro acento estalle
 Y en contra suya enérgico batalle,
 Para que al fin vencida, lance fiera
 Su maldicion postrera,
 Y eterna tumba en nuestro siglo halle.

Atrás los fraticidas;
 Atrás los que envilecen
 La imágen del Señor, los que del hombre
 El divinal espíritu escarnecen
 Invocando quizá sagrado nombre.
 Verdugos inhumanos,
 Que con terrible calma
 Prendeis el cuerpo asesinando el alma,
 Atrás, no sois cristianos.

Miradle, allí se encuentra; el sol radiante
 Con ardor tropical lanza su lumbre,
 Y el esclavo trabaja jadeante,
 Retratada llevando en el semblante
 De su aficcion la inmensa pesadumbre.
 No puede más; el aire que respira
 Su pecho abrasa; doloroso grito
 Se exhala de su boca;
 Doliente al cielo mira,
 Invocando tal vez su mente loca
 Término á padecer tan infinito.
 A la fatiga cede,
 Pretende descansar sólo un momento;
 ¿Quién sus dolores lamentar no puede?
 ¿Quién no le presta aliento?

Mas ¡ay! para el esclavo no hay reposo,
 Que no es hombre el esclavo; al aire ondea
 Un cómitre feroz látigo infame,
 Y su espalda golpea
 Una vez y otra vez; la sangre corre
 Y á tierra llega, y al manchar el suelo
 Mancha tambien el alma del tirano,
 Y no hay poder humano
 Que sus vestigios borre.
 Quizás despues de amargo desconsuelo
 Y de agudo dolor en la conciencia,

El Señor en su santa providencia
Le otorgue su perdón allá en el cielo.

Y ese esclavo infelice
Tiene patria y hogar; esposa, hijos,
Que perdido le lloran
Y por su vuelta al Hacedor imploran
Con acentos prolijos.
¡Patria! ¡Familia! afectos bienhechores
Que embalsaman la senda de la vida,
Como en vasto arenal pintadas flores
Que al aire dan su esencia bendecida.

Unos hombres malvados,
De corazón de hiena,
Por la avaricia sórdida guiados,
Pusieron el pié osados
De su playa natal sobre la arena.

Tembló la negra raza
Presintiendo en su pecho
Que desgracia terrible le amenaza;
Que así también la nubecilla leve
Que en la celeste bóveda se mueve,
Sin presagio de horrores se presenta
Y lleva en sus entrañas la tormenta.

Comienza la obra impía:
De los paternos brazos
A los hijos se arranca, y al esposo
Del seno de la esposa: fuertes lazos
A los cautivos con barbarie oprimen,
Y como vil y pobre mercancía
Se arrojan en la nave, que velera
Sólo partir espera.

Consumado está el crimen;
¿Qué importa al comerciante en carne humana
Los ayes de dolor de los que gimen,
Si él doblará su capital mañana?

Vuela la nave, la maldad va en ellos...
¡Oh! ¿Por qué no levantas, Oceano,
Hasta el cielo tus ondas bravecidas,
Y luego sobre el buque las derrumbas,
Y á esclavos y á verdugos
Das en tu seno perennales tumbas?
Castigo el criminal empedernido
Tuviera de esa suerte,
Y el cautivo descanso de su pena;
Que es preferible el sueño de la muerte
A arrastrar del esclavo la cadena.

Allí la tierra está; tierra preciada
 Bañada en luz, perfumes y armonías;
 Por las olas del mar acariciada
 En dulces noches y serenos días;
 Tierra bella de amores,
 Donde al jardín de matizadas flores
 Sombra le dan los bosques seculares;
 Oculto y vasto mundo,
 Que de Colon el genio sin segundo
 Hizo brotar del fondo de los mares.

América aparece; el fuego santo
 De pura libertad guarda en su seno;
 Pero oculta también bajo su manto
 La esclavitud, mortífero veneno.
 Aberración extraña
 Que en breve ha de morir al recio embate
 De la moderna idea
 Que en los honrados corazones late;
 Consorcio horrendo que feroz pelea
 Sordamente promueve,
 Y que apenas el alma
 A comprender se atreve.

Llega la nave á la desierta orilla,
 Toca el esclavo la insegura arena;
 Pero no clava en tierra la rodilla,

Ni á Dios dirige su oración sencilla,
 De fe y emoción llena.

Pronto vendido en público mercado
 Se verá el desgraciado;
 Pronto un dueño inclemente
 Con látigo acerado
 Sus carnes abrirá; pronto en su pecho
 Morirá la esperanza bendecida,
 Que llena el mundo derramando flores,
 Para dar nada más ancha cabida
 A un infierno espantable de dolores.

La misma suerte espera
 A la infeliz esclava; y si el destino
 La dotó por acaso de hermosura,
 Objeto se verá la desdichada
 De liviandad impura.
 Y sus hijos, los hijos de su dueño,
 Esclavos vivirán como su madre,
 Y vendidos serán con vil empeño,
 ¡Horrendo crimen! por su mismo padre.

¡Cuadro espantoso que al dolor provoca
 Y enciende en santa ira
 El corazón que la justicia invoca!
 ¡Horrible cuadro que terror inspira!
 La mente conturbada

Huye de contemplar tanto extravío,
 Y en la presencia del Señor postrada
 Pide perdon para el tirano impío,
 Y libertad para el que esclavo llora
 Y siglos hace la justicia implora.

Allá en los tiempos que la historia encierra
 Entre pesadas brumas,
 Bárbaros siglos de continua guerra,
 Aparece el esclavo; prisionero
 Destinado á morir, salva su vida
 De manos del verdugo,
 La libertad perdiendo tan querida
 Y el cuello atando á abominable yugo.

Más tarde en el Calvario
 La redencion del hombre se proclama,
 Y la nueva doctrina
 De amor enciende inextinguible llama,
 Y del orbe á los límites camina
 Llevada en alas de la fe sincera
 Que en sus santos apóstoles impera.
 Jesus borró las torpes distinciones
 De señores y esclavos;
 Ensalzó al oprimido,
 La igualdad infundió en los corazones,
 Prometió á todos celestial morada,

Los odios destruyó de las naciones,
 Y el mundo antiguo se sumió en la nada.

Y han pasado los siglos; cada uno
 Ha arrancado una piedra carcomida
 Del edificio que á la antigua idea
 Soberbia alzó la sociedad vencida.
 Ruinas quedan no más; pero aún se lee
 En sus muros sangrientos,
 Como sarcasmo que dirige en calma
 Cristiano pueblo á Santa Providencia:
Pena de muerte, que estremece el alma,
Esclavitud, que mancha la conciencia.

Y es preciso romper con el pasado;
 Es preciso que el crimen de la historia
 Para siempre se mire sepultado,
 Borrando toda mancha en nuestra gloria:
 De este modo los siglos venideros
 Del nuestro seguirán por los senderos,
 Y sabrán respetar nuestra memoria.

No más esclavitud; que el mundo vea
 La justicia elevada á la alta cumbre,
 Y del hombre la infame servidumbre
 Por todas partes execrada sea.

No más, no más en nuestro siglo libre
 Rinda la humanidad cultos paganos:
 La voz de Dios en nuestros pechos vibre;
 Los hombres y los pueblos son hermanos.

G. RAFAEL BLASCO.

Valencia.

NOTA. Cito solamente la América como país donde existe la esclavitud, porque á esa parte del mundo se dirigen en especial los esfuerzos de la Sociedad Abolicionista Española; y sobre todo, porque una poesía no es una Memoria donde pueden detallarse los hechos.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Todos tus hijos somos :
 el tártaro , el lapon , el indio rudo ,
 el tostado africano
 es un hombre , es tu imagen y es mi hermano.

MELENDEZ VALDÉS.

I.

Los que pedís la igualdad
 Con entusiasmo ferviente;
 Los que lleváis en la mente
 Un mundo de libertad;
 Los que amáis la caridad
 Odiando la tiranía;
 Hijos de la patria mía,
 Pueblo generoso y bravo...
 ¿No oyes de otro pueblo esclavo
 La aterradora agonía?

¿No percibes el lamento
 Que á las costas españolas
 Van trasportando las olas
 Impelidas por el viento?

¿No agita tu pensamiento
El cuadro desolador
Del negro que á su señor
Le pide perdon en vano,
Cuando azotan á su hermano,
Y á los hijos de su amor?

Oyendo el agonizante
Grito del negro que llora,
¿No es verdad que se colora
De vergüenza tu semblante?
¡Oh, sí!—Ya escucho el gigante
Eco de tu indignacion,
Que ofrece con efusion
Aun la sangre de tus venas
Para romper sus cadenas
Al grito de redencion.

Que el mundo asombrado vea
La grandeza de mi España,
Y por tan bendita hazaña
Mi pueblo bendito sea.—
Hoy se levanta una idea
De sublime magnitud;
Hoy se asocia la virtud, (1)

(1) Alude á la Sociedad Abolicionista Española.

Y de caridad crisoles
Hoy quieren los españoles
Abolir la esclavitud.

Hoy del esclavo vendido
Quieren romper la cadena;
Que España escucha con pena
su prolongado gemido.
Pues la sangre que ha corrido
Del pobre negro doliente,
Que atado al yugo, impotente
Apura la amarga copa,
De los libres de la Europa
Está manchando la frente.

Hoy quiere España en el nombre
De Aquel que murió en la Cruz,
Hacer que brote la luz
Ante los ojos del hombre.
Hoy quiere que al mundo asombre
Su férvida caridad;
Hoy quiere que la verdad
Á los tiranos humille,
Y que en América brille
El sol de la libertad.

II.

Ilustre dama nacida
 Con estrella sonriente,
 Y por el suäve ambiente
 De la fortuna mecida:
 Tu joya más preferida
 Venga á calmar la amargura
 Del esclavo sin ventura,
 Que al ver cesar sus enojos,
 Con las perlas de sus ojos
 Adornará tu hermosura.

Sean tus joyas el consuelo
 Del porvenir que le aterra;
 Que el bien que se hace en la tierra
 Abre las puertas del cielo.
 Rasga de su sombra el velo
 Y haz que la dicha recobre:
 Del tesoro que te sobre
 Al mísero esclavo dále;
 Que el tesoro que más vale
 Es la gratitud del pobre.

Hijas del pueblo: llegad,
 Y cual amorosa prenda,

Tambien una pobre ofrenda
 Para los negros dejad.
 Tiernas madres, esperad
 De aquellas madres la palma;
 Que al ver sus hijos en calma,
 Os pagarán su ventura
 Bendiciendo con ternura
 Los hijos de vuestra alma.

Mitiguen las aficciones
 Del pobre esclavo que azotan,
 Esas lágrimas que brotan
 Vuestros libres corazones.
 Y alzad vuestras oraciones
 Al compás de su agonía,
 Pues la plegaria que envía
 Una madre en su dolor,
 La recibe con amor
 La pura Vírgen María.

Tú, soberbio potentado,
 Dichoso con tu grandeza,
 Que al peso de tu riqueza
 Vas caminando agobiado:
 Para el negro esclavizado
 Dá tu fortuna sin duelo;
 Mira que en férvido anhelo
 Van todos del bien en pos;

Mira que el ojo de Dios
Te contempla desde el cielo.

Dios, que la virtud escuda
Y que tus acciones vé;
Dios, que levanta la fé
Sobre el mundo de la duda;
Dios, que al desvalido ayuda
Y á la maldad pone freno;
Dios, que de justicia lleno,
Siempre en su ley apoyado,
Sabe humillar al malvado
Y sabe premiar al bueno.

III.

Los que soñais, al cantar
Pensamientos sobrehumanos,
En una patria de hermanos
Á las naciones juntar;
Los que lograis despertar
Con el laud la conciencia,
Predicando la clemencia,
Cambiad del negro la suerte,
Y ahogad sus cantos de muerte
Con himnos de independenciam.

Poetas que con teson
Alzais la voz redentora,
Al ver que la patria llora
En estúpida opresion:
Pidiendo la abolicion
Libres cantos entonad;
Que el poeta es en verdad
La luz que en la sombra avanza,
Y es el primero que lanza
El grito de libertad.

Tú, pueblo, que en tus prolijos
Afanos y en tu despecho,
Por recobrar tu derecho
Das la sangre de tus hijos...
Allá en América, fijos
Los ojos, ¿no hay qué te asombre?...
¡Son esclavos!—Vé en el nombre
De un Dios que esclavos no quiere;
Y si es necesario, muere
Para redimir al hombre.

Por el negro envilecido
Tu voz soberana vibre;
Que no merece ser libre
Quien no levanta al caido.—
Responde al triste gemido,
Y sus derechos pregona;

La santa empresa corona
 Con noble y potente hazaña,
 Y que el nombre de tu España
 Admiren de zona á zona.

Pobres, ricos, trovadores,
 Tribunos de la virtud...
 ¡Abajo la esclavitud!
 ¡No más siervos ni señores!
 Derroquemos los errores
 De ese tráfico inhumano,
 Antes que oprima el tirano
 Yugo de conciencia al pecho,
 Gritando... ¡Caín! ¿Qué has hecho
 De la vida de tu hermano?

Hijos de España: avanzad
 De la ilustracion en pos;
 Que el negro, imágen de Dios,
 Nos pide su libertad;
 Y si sucumbís, pensad
 En el ejemplo fecundo
 De Cristo, que en su profundo
 Cariño, al darnos la luz,
 Murió azotado y en Cruz
 Por la libertad del mundo.

ANTONIO CARRION.

Málaga.

¡CARIDAD EN FAVOR DEL ESCLAVO!

(Á LAS MADRES DE FAMILIA.)

La sexta: Redimir al cautivo.

(OBRAS DE MISERICORDIA.)

No es la gloria del vate ni el guerrero,
 No es el valer del poderoso y fuerte
 Lo que hoy despierta el ánimo altanero
 Y la lira á pulsar logra que acierte.

Sentimiento más dulce, voz más santa,
 Impregnada de uncion y de ternura,
 Llegá á decirme con misterio: «¡Canta,
 Canta la Caridad, de Dios hechura!»

¡Caridad! Flor que naces entre abrojos
 Y escondida el perfume al cielo elevas,
 Llanto por riego pides á los ojos
 Que en beneficios á los pobres llevas.

Lozana te crió mi suelo hermoso,
 Do el corazon al sacrificio atento
 Raya hasta el heroismo en generoso,
 Despierta á todo noble sentimiento.

Vuelve los ojos á la edad pasada
Y de mi patria á la brillante historia;
Verás en cada página grabada
Una accion de piedad, otra de gloria.

Si es mi España, la España de Pavía,
La que hundi6 del Alarbe la arrogancia,
La que en Bailén en más cercano dia
Venció al coloso y humilló á la Francia;

Si es la que con esfuerzo sin segundo
A Colon distinguió entre los humanos,
Y le dijo: «¡Descubre un nuevo mundo!
¡Trae á mi Religion nuevos hermanos!»

Tambien es esta la nacion gloriosa
Que acorrió al desvalido con sus leyes,
Y muestra dando de humildad piadosa,
Quiso llamar Cat6licos sus reyes;

Y colocó á sus hijos en el pecho
La santa cruz que hermanos los aclama,
Y con tan noble enseña su derecho
A sostener volaron y su fama.

Y cuenta damas de tan gran valía,
Que prontas siempre á todo noble empeño,
Aún dicen á la ardiente fantasía:
«¡No hay, con hijas así, pueblo pequeño!»

Si buscamos aquí la mujer fuerte,
Berenguela, Isabel, doña María,
Con los cien hechos que su historia vierte
En gloria envuelven á la patria mia.

Patente ejemplo de humildad cristiana
Muestra Casilda en su ferviente celo:
¡Su ofrenda se tornó rosas de grana,
Mientras su caridad la eleva al cielo!

Antorcha de la fé Santa Teresa,
Las oraciones del cristiano goza;
Si en mártires Sagunto hizo gran presa,
Heroínas nos presta Zaragoza.

¡Oh! Nacion donde tal valor alcance
De la mujer la noble ejecutoria,
Empresa á que ella con ardor se lance,
Emblema lleva ya de la victoria.

Una noble, cual no lo fué ninguna
Que con el nombre de mujer se hermana,
Hoy la llama; si no contesta alguna,
Esa no es española, ni es cristiana.

En las madres no más los ojos fijos,
Espere libre ser quien gime esclavo...
¡Ellas, que libres quieren á sus hijos,
Vencer sabrán la esclavitud al cabo!

.

Madre, si dentro tu hogar,
Templo de castos amores,
Donde hizo el Señor brotar
De tu cariño las flores
Que el otoño no ha de ajar;

Donde reside el esposo
Que libremente elegiste,

Porque ventura y reposo,
 Bien y mal, con amoroso
 corazon con él partiste;

Bajo el techo do áun respira
 Tu madre y respeto alcanza,
 Y cuando el alma suspira,
 Tierno hijo á tí se abalanza
 Y en sus labios tu ¡ay! espira;

Si ante esa flor celestial
 Que es de tu hogar alegría,
 Y en su bondad paternal
 Dios para consuelo envía
 Al desdichado mortal,

Te acuerdas de los que, fijos
 Del tormento en las cadenas,
 Sufren dolores prolijos,
 Y hasta les roban los hijos
 Que son sangre de sus venas;

¡Con cuánto afan, madre amante,
 Palpitante de emocion,
 Besarás al tierno infante!
 ¡Cómo, áun viéndole delante,
 Temblará tu corazon!

¡Oh! ¡que no alcance en su edad
 De inocencia y de ternura,
 Que guarda la humanidad
 Bajo su apariencia pura
 Manchas de tal fealdad;

Que con el látigo armada
 A sus hermanos ofende,
 Y de sí propia olvidada,
 Al hijo en los brazos vende
 De su madre desdichada!

¡Ay! ¡si cual madre piadosa
 Al dejar tu hijo en el lecho,
 Haces sus labios de rosa
 Que devuelvan á tu pecho
 Con voz tierna y candorosa

La oracion que eleva el alma
 Hasta la celeste altura,
 Haciendo dormir en calma
 Al que en su conciencia pura
 Busca de su bien la palma;

No le digas, madre, no,
 Que aquella oracion cristiana
 Que su labio pronunció
 Y con su razon temprana
 Su alma hasta el cielo elevó,

Se ofrece al Dios de bondad
 Que, antorcha de eterna luz,
 Fuente de clara verdad,
 Redimió á la humanidad
 Enclavado en una cruz!

Que es fácil que de aquel labio
 Que el candor tan sólo mueve,
 Y eco del tuyo ser debe,

Suba hasta Dios un agravio
Si á preguntarte se atreve:

«Y dime : ¿no redimió
A esos hombres cual nosotros,
Que esclavos papá llamó?
¿Dijo Jesús que á esos nó
Al redimir á los otros?»

¡Oh, madre, madre cristiana!
¿Qué responder tu razon
A esa pregunta profana
Que de pedazos emana
De tu propio corazon?

Busca al ménos el consuelo
De poderle responder
A ese ángel que habita el suelo,
Que á todos con su poder
Hermanos nos hizo el cielo;

Que sólo la humana grey,
Por su osadía impulsada,
Holló la divina ley,
Y por su orgullo arrastrada
Hizo al esclavo y al rey,

Y si puedes añadir
Que tú, aunque débil mujer.
Por libre al esclavo ver
Y al cautivo redimir
Quieres tu óbolo ofrecer,

Ante ese niño á quien guías,

Y ante el Dios á quien adoras,
Comprarás las alegrías
Que embellecerán tus dias,
Santificarán tus horas;

¡Que es el bien ante los dos
Gérmen de fortuna cierta!
¡De la caridad en pos,
Angeles abren la puerta
Que nos conduce hasta Dios!

.
.

¡Oh! si toca á este siglo, toca á España
Borrar tan fea mancha de su nombre;
No conserva ¡oh rubor! nacion extraña
La inícuca ley de esclavitud del hombre.

Atentas sólo al nacional decoro,
Delitos del error todas suspenden;
Y en más teniendo la razon que el oro,
Al hombre ni le compran ni le venden.

¡Y España, la que supo poderosa
Lograr, cual nunca de su honor avara,
En este siglo tanta accion gloriosa,
Tal borron ella sola conservara!

¡Nó, jamás! Es hidalga y es clemente;
Justicia, rectitud y amor proclama,
Y dará proteccion al inocente
Aumentando los timbres de su fama.

Ella sabe tender su noble mano

Al que affigido su piedad implora,
Y socorriendo al débil y al anciano,
Dar madre al niño que á la suya llora;

Y levantar con entusiasta anhelo
Monumentos de ciencias y de gloria,
Que recorriendo á su grandeza el velo
Hacen al par eterna su memoria.

Sí, que los años pasan, las edades
Se borran y los siglos se suceden;
Mas los hechos que ensalzan las ciudades
Los años pasan y borrar no pueden.

Por eso este período de su gloria
Pasará á las edades venideras:
Ella supo trazar su propia historia
En páginas brillantes, duraderas.

Dicen unas en piedra: *Arquitectura*;
Otras en bronce dicen: *A la ciencia*;
Otras en rios de oro: *Agricultura*;
Otras con santo amor: **BENEFICENCIA.**

Esta sólo, legítima victoria
Ante los buenos y ante Dios alcanza:
¡La ciencia y el valer nos da la gloria!
¡La caridad el cielo nos alcanza!

Nunca mayor la concibió el anhelo
Que al hombre dar la libertad hermosa;
Hecho noble que honor dará á este suelo
Y el contento á toda alma generosa.

Que salvar tristes víctimas sin cuento

Es honra y prez del corazon cristiano,
Del corazon que á su doctrina atento,
Al hombre llama prójimo y hermano.

La mujer, ese ser dulce y piadoso
Que con llanto consuela, sufre y reza,
Y cuyo eco sentido y cariñoso

Vencer logra del hombre la entereza,

Llore y suplique porque santa aurora
Luzca de libertad para el esclavo...

¡Qué no consigue la mujer que llora!
¡Qué no alcanzan sus súplicas al cabo!

Legítima y cumplida recompensa
En sí hallará de acción tan generosa,
Y le darán felicidad intensa

La gratitud del hijo y de la esposa.

Y un más allá que excede á todo anhelo
Le espera en mundo de eternal ventura:

¡A los buenos su bien les guarda el cielo!

¡La piedad nos conduce hasta el altura!

¡Que quiso Dios el alma pecadora
Guiar hasta su trono soberano,
Y escribió, como enseña protectora,
Sobre la senda, **CARIDAD**, su mano!!

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

Madrid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Scribere jussit, patria.

¡Voz de la Humanidad, mi acento inspira!
Haz que el raudal reciente
De santa indignacion hinche mis venas,
Que en mi canto valiente
Se oiga el áspero son de las cadenas,
El eterno gemido de una raza,
Cuando las carnes del convulso esclavo
El látigo crujiendo despedaza,
En rojo humor tiñendo las arenas
Que seca el Sol del trópico sediento.

Tras tantos siglos se levanta al cabo
Generoso clamor. Raudal sangriento
Vertido en los combates, ya redime
La humana servidumbre,

Cual redimió su espíritu el sublime
 Sacrificio del Gólgota en la cumbre.
 Desde el Níger ardiente
 Al frio Setentrion, ya los tiranos
 Oyen la *buena nueva*
 Que vá á arrancar de sus sangrientas manos
 La ignominiosa gleba.
 Voz de la Poesía, eleva, eleva
 Tu poderoso acento, agita al mundo,
 Y al escuchar tu celestial sonido
 Lanzará el siervo su postrer gemido,
 Y su primero el déspota iracundo.

El alma mia, generosa y libre,
 Odia á la esclavitud. Fervientes votos
 Eleva siempre al Cielo,
 Por ver del oprimido
 Los eslabones de los grillos rotos
 Por mano de sus mismos opresores.

Bajo las palmas de mi patrio suelo,
 Honda meditacion me embebecía;
 Y al espacio infinito me elevaba
 Buscando sin cesar mi fantasía
 La clave misteriosa
 Tanto como el misterio de la muerte,

El escondido arcano
 Que marca al hombre tan distinta suerte,
 Que separa al hermano del hermano.

Mas ¡ay! en vano, en vano
 Interrogué la luz de las estrellas
 Colgadas de la esfera cristalina,
 Pues sólo encontré en ellas
 La luz que desvanece y que fascina.

Medité en las semillas del pecado
 Que la culpa fatal sembró en la tierra,
 Cuando el hombre primero,
 Rebelde á su Hacedor y de él maldito,
 En cuanto el mundo encierra,
 El estigma marcó de su delito.
 Ví las generaciones
 Del casto fruto de su amor nacidas,
 Al trabajo sujetas
 Regando con su llanto
 De la madre comun las duras vetas,
 Por el dolor y por la muerte heridas.

¿Y no bastó, Señor, clamé doliente,
 Tu sangre derramada en el Calvario,

Para arrancar el fúnebre sudario
 Que amortaja á una raza torpemente?
 ¿Aquel raudal ardiente
 Que reventó del Olivete umbrío
 En la cima eminente,
 Aquel momento impío
 Del Gólgota, en que el labio muribundo
 Al exhalar tu postrimer aliento
 Pediste al Padre con turbado acento
 La redencion humana en la del mundo?
 ¿Ni eso bastó, Señor, ni el sacrificio
 De tu inmortal espíritu increado,
 Para extirpar el pestilente vicio
 De la heredada lepra del pecado?
 Sea. Mas si fué dado
 Por igual el dolor á toda raza,
 ¿Por qué distinta pena?
 ¿Por qué arrastra el esclavo la cadena,
 Y el látigo sus carnes despedaza?

La antigua historia recorrí afanoso;
 En pueblos y naciones
 Clamor de guerra resonó en mi oído,
 Viendo ondear de muerte los pendones
 El fuerte contra el débil: y al empuje
 De su terrible lanza,
 Ví caer sin piedad generaciones

Que tristes, indefensas,
 Bajaban al morir su libre frente,
 Marcada por hipócritas verdugos
 Con la herradura del corcél valiente.

Entónces ¡ay! corrieron presurosas
 A las limpias riberas del Eufrates,
 Y á las crestas del Líbano frondosas,
 Niños y ancianos y hombres y mujeres,
 Huyendo de las iras espantosas
 De bárbaros tiranos.
 Los fuertes y los débiles unidos
 Estrecharon sus manos,
 Prestando juramento
 De defender sus usos y sus leyes,
 Que señores y reyes
 En su ambicion inícuca conculcaron,
 Poniendo en su garganta
 El infame dogal, la férrea argolla,
 Que sus vidas y fuerzas estenuaron.

Grecia siguió su ejemplo. Infatigable,
 Repúblicas fundó. De sus guerreros
 El valor indomable,
 Lanzó de sus hogares invadidos
 Los pérfidos soldados extranjeros;

Al inspirado canto
 De sus poetas, á la lid cruenta
 Con corazon magnánimo acudian,
 Y mientras Grecia levantó la frente
 Altiya, independiente,
 Sus opresores maldiciendo huian.

Ruge despues la tempestad. Torrente
 En las cumbres del Cáucaso nacido,
 Que con fragor horrisono desborda
 Los vándalos del Norte,
 Llegan horda tras horda
 A los felices pueblos que el Sol baña.
 ¡Nunca feroz campaña
 Causó más duelo y sangre y ruina y luto,
 Ni gimió más la tierra conmovida
 Al paso asolador del fiero bruto!
 El mundo estremecido
 El himno triste del dolor entona,
 Que resonó cual funeral gemido
 Del polo yerto á la abrasada zona.

Atila avanza, el tresdoblado escudo
 En el robusto brazo,
 Blandiendo vencedor el hierro agudo
 Cual azote de Dios: innumerables,

Cual las arenas que aquilon levanta,
 Le siguen sus soldados espantables,
 Dejando la aridez bajo su planta.
 A la terrible tempestad que arrecia
 Presintiendo su ruina,
 El valeroso franco allá en Lutecia
 Su framea apercibe,
 El godo su acerada javalina,
 Y la que sólo de recuerdos vive
 Antigua Roma, eleva sus pendones
 De águilas coronados,
 Que en los tiempos pasados
 Enclavaron su garra en las naciones;
 Mas nó á su rudo empuje,
 Sino al poder del cielo soberano,
 Cual duro roble, que abrasado cruje
 Por incendio voraz, cae el tirano.

Al fin respira Europa.
 Los pueblos oprimidos,
 Se tornan á la vez conquistadores.
 Mas ¡ay! nuevos horrores
 Le suceden despues. Cae el imperio
 De Roma la opulenta,
 La que los dias por batallas cuenta,
 Y los años por bélicas campañas.
 La ciudad inmortal de las ciudades

Se hunde en el polvo herida,
 Cual lo fué en las edades,
 Por la mano atrevida
 De un siervo alimentado en sus entrañas.

Corren los tiempos. La opresora idea
 Traspone el mar, volando al Occidente.
 Triunfante se pasea
 Cabe el feroz soldado,
 Que á su carro de gloria, desvalida
 Ató la humanidad, por él vendida,
 De su inmensa ambicion en el mercado.

Y cae tambien, empero, cual semilla
 No agotada jamás; mil opresores
 Aparecen do quier, y el mundo en tanto
 Lucha elevando al cielo sus clamores
 Con noble esfuerzo generoso y santo.
 Pues si en la antigua edad y en la presente
 La aspiracion eterna é infinita,
 La alta idea latente,
 De libertad conmueve el orbe entero;
 Si en espantosa guerra
 Por patria y libertad combaten bravos
 Los hombres sin cesar, ¿por qué en la tierra,
 Que es la patria comun, hay aún esclavos?

Todo en el mundo á su pesar fenece,
 Y vuelve á renacer con nueva vida:
 La ley es una, la justicia santa;
 Pero el crimen jamás desaparece,
 Que abortó la espantosa tiranía,
 Enjendro maldecido de una planta
 Que áun cortada del tronco, reverdece.

¿Será providencial? El hondo arcano
 Que entraña en sus abismos insondables
 El juicio del Señor Omnipotente,
 No le es posible al pensamiento humano
 Siquiera penetrar. Mas si clemente
 Del sagrado madero suspendido
 Pudo pedir al Padre moribundo,
 Cuando exhalaba su postrer gemido,
 La redencion del hombre y la del mundo,
 ¡Quién sabe! ¡acaso en su divina mente
 La libertad moral engendró solo,
 Y la materia á esclavitud condena,
 Por no turbar del mundo la armonía
 Que de un polo á otro polo
 Le rige, le limita y le encadena!
 Y como en torno al luminar del dia
 Hace girar planetas á millares,
 Como esclaviza á los soberbios mares
 Con un dique inmortal, no de otra suerte

Hace á la humanidad esclava, y rompe
Tan sólo sus cadenas con la muerte.

—
¡Mas no! Se acerca la hora.
La antigua esclavitud desaparece.
La gran constelacion Americana
Su propia sangre generosa ofrece,
Y así redime á la materia humana.
Del Newa en las orillas,
Basta la idea: el pensamiento escrito
Rompe del siervo la feral cadena,
De la igualdad al venturoso grito.
Pronto el alba serena
Lucirá, en que los hombres como hermanos
Irán por los caminos de la vida;
Pronto no habrá ni siervos ni tiranos.
La antigua esclavitud, esfinge hórrenda,
Se hunde ya en el abismo;
Su caida tremenda
Es acaso el postrero cataclismo.
El Dios de las batallas
No será el Cristo muerto en el Calvario,
Ni el cadalso espantoso
Se alzará como espectro sanguinario;
Porque el humano espíritu en reposo
Comprenderá la suma Omnipotencia,

Y de fé y de esperanza, á la luz viva,
Se elevará á la fuente primitiva
Del bien, de la virtud y de la ciencia.

JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Madrid.

A LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS.

«Dilectio proximi malum non operatur:
»plenitudo ergo legis est dilectio.»

SAN PABLO.—Epist. ad rom., cap. XIII, v. 10.

I.

Yo, cantor desconocido,
Lleno de fé y esperanza;
Que al mundo agitado lanza
Su pensamiento atrevido;

Yo, cuyas cántigas son,
Al brotar de mi laüd,
Páginas de la virtud,
Suspiros del corazon;

Yo, que canto los altares,
El sol, el pájaro, el viento,
La anchura del firmamento,
La inmensidad de los mares...

Hoy aspiro en la Verdad
El aliento que me inspira,

Y hago vibrar en mi lira
La voz de la Libertad.

¡Libertad! Luz salvadora
Que en el Gólgota brotó,
Y el universo alumbró
Con el fulgor de la aurora;

Sol radioso, idea santa,
Hada del cielo bendita,
Que á los pueblos resucita
Y á los tiranos espanta;

Perla que en el seno mio
Cual rico amuleto guardo,
Como en su cáliz el nardo
Las lágrimas del rocío...

Sí; la libertad anhelo,
Libertad mi alma pretende,
Como águila audaz que hiende
Los espacios con su vuelo:

Que aprendí desde la infancia,
Nacido en patria de bravos,
Que, en vez de redil de esclavos,
Pira inmensa fué Numancia.

II.

¡Ay! Cual fúnebre crespon
Sobre arrayanes de gloria,

Tambien archiva la Historia
Páginas de humillacion.

Hierve la sangre en las venas
Al sentir en los oidos
Tristes ecos de gemidos,
Ronco estridor de cadenas.

Aún resuenan las plegarias
De los siervos del romano;
Aún se escucha el ¡ay! lejano
De los ilotas y párias;

Y oigo voces lastimeras,
Y gritos y maldiciones
En genoveses pontones
Y venecianas galeras;

Y con ardoroso afan
Buscando recuerdos vivos,
Casi se oyen los cautivos
De Túnez, Argel y Oran...

De láuros el mundo lleno
Los viejos siglos dejaron,
Pero sus timbres mancharon
Páginas de sangre y cieno...

III.

Álzase un genio: soñaba
Con otro mundo remoto,

Y en ancho piélago ignoto
Rumbo á los naves trazaba.

Iba de la gloria en pos,
Desden é insultos sufriendo...
¡Iba el gran sabio pidiendo
Una limosna por Dios!

¡Él, que grandiosos azares
Pedia al contrario sino!
¡Él, que mostraba el camino
De otros mundos y otros mares!

El hombre estimaba en poco
La inspirada profecía,
Ciego al sabio escarnecía
—¡Loco! —y le llamaba: —¡loco!

Mas él, con seguro tino
Consultando viejos mapas,
Marca en ellos las etapas
De aquel oculto camino.

Y alienta, y corre, y se humilla
Ante la grande Isabel.

—«¡Señora!»—clama: —«¡un bajel...
» Y un mundo daré á Castilla!»

Va... del ponto los misterios
Rompe el genio sobrehumano.
Vuelve... trayendo en la mano
Las llaves de cien imperios.

Audaces el mar profundo
Surcando españolas velas,

Tres débiles carabelas
Hallaron un nuevo mundo.

Y en las regiones extrañas
De aquel globo nunca visto,
Flotó la enseña de Cristo
Y el pendon de las Españas.

IV.

¡Perdon si las huesas frias
Con vara mágica toco!
¡Perdon si atrevido evoco
Los fantasmas de otros dias!

Rompe un anciano la tumba,
Donde há luengos años mora,
Y una voz atronadora
En el vacío retumba:

«¿Quiénes sois? ¿Por qué llorais?
¿Por qué abatís los semblantes?
¿Por qué grillos infamantes
Con vuestros piés arrastrais?

»¿Quizá con altas hazañas
Vuestras espadas rompieron,
Y en noble guerra os vencieron
Los Cides de las Españas?

»¿Acaso los que os oprimen

Vengan hollada virtud,
Forjando la esclavitud
En justa pena del crimen?

» ¡Ay! Corran, corran ahogados
Vuestros ayes lastimeros...
No sois, nó, bandidos fieros;
No sois cobardes soldados.

» Dejad, sí, que el aire vibre
Con vuestras voces llorosas...
Son de esclavos, son de COSAS...
¡En medio de un pueblo libre!

» ¡Como si hubiéseis nacido
Seres de almas inmortales,
Para tascar los dogales
Con que el magnate os ha uncido!

» ¡Como si las santas leyes
Que ha escrito Dios soberano,
No igualasen al villano
Con los próceres y reyes!

» ¡Como si el postrero día
De premio ó castigo acerbo,
Un Dios acatara el siervo
Y otro Dios la tiranía!

» ¡Señor! Desde las alturas
Donde se eleva tu trono,
Con ráfagas de tu encono
Liberta á tus criaturas! »
Dijo, y ronca vibracion

Quedó en el ancho vacío:
Se hundió en el sepulcro frío
La sombra del gran Colón.

V.

¡Oh España! Tú que algún día
Serás de la historia asombro,
Pisando el fétido escombros
De la odiosa tiranía;

Tú, que luchas con afán
Contra el despótico alarbe,
Desde el Auseba y Sobrarbe
Hasta Granada y Orán;

Tú, que doblas la rodilla,
En señal de humilde acato,
Ante el laurel de Viriato
Y ante el grito de Padilla;

Tú, solar de heroicas lides,
Alfombrado de arrayanes,
Donde han nacido Guzmanes,
Donde han alentado Cides;

Tú, que abriste las entrañas
Del Atlántico profundo,
Para llenar otro mundo
Con gloria de las Españas;

Tú, que guardas todavía
 Con esplendente aureola,
 La espada de Cerignola,
 Las cadenas de Pavía;

Tú, que el águila imperial
 Del genio de los combates,
 Cual rayo del cielo, abates
 En Bailén y San Marcial...

¡Oh España! Tú... vuela ahora,
 Cruza el mar y el firmamento,
 Mira... y escucha el lamento
 De un pueblo que esclavo llora.

Oye, sí, el doliente són
 De ese pueblo harto de penas,
 Que arrastra innobles cadenas
 En el mundo de Colon.

Esos hierros que le humillan,
 Esos duros eslabones,
 Son infamantes baldones
 Que nuestras frentes mancillan.

Toma aliento en la Verdad,
 Y alza un templo á la Virtud...
 Con polvo de esclavitud
 Escribe en él:— ¡LIBERTAD!...

¡La libertad sacrosanta
 Númen es de pueblos bravos,
 Que ennoblece á los esclavos
 Y á los tiranos espanta!

Y en tí para siempre fijos
 Los plácemes de la historia,
 Más pura será la gloria
 Que legarás á tus hijos.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

Madrid.

À LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

¿Y á los libres hijos vuestros
Quereis esclavos dejarlos?
¿No será mejor ahogarlos
Con los propios brazos vuestros?
CERVANTES.—LA NUMANCIA.

No en copiosos raudales derramada,
Al airado fragor de la pelea,
Corrió infecunda sangre generosa;
Ni embravecida hueste voló armada,
Y en lucha gigantea
Su voz lanzó estruendosa,
Clamando ¡Libertad! por turbar sólo
La tierra muda desde polo á polo.

¡Mil veces no! La voz de los cañones,
Hendiendo el aire en pavoroso trueno,
Para causar no más desolaciones
El éter no turbó, limpio y sereno,
Ni de la tierra el ignorado seno.
¡Terrible Providencia!

La esclavitud, que á levantarse alcanza
 Nada más con la sangre y la violencia,
 Para bajar al polvo escarnecida,
 Se arrastra en su caída,
 Rodando entre la sangre y la matanza!

¡Siglos de oprobio, atrás! De vuestros soles
 La turbia lumbre, por la sangre roja,
 Muere con los radiantes arreboles
 Que el almo sol de libertad arroja.
 Los eslabones rotos,
 Machacadas en polvo las cadenas,
 En los tiempos remotos
 Nuevas generaciones,
 Ya no de espanto llenas,
 Verán entónces siervos y tiranos,
 Sin que el oprobio en su razon excluya
 Que el siervo y el señor sean hermanos,
 Y ambos hijos de Dios, é imágen suya.

El hombre lo inventó: mil veces fiero,
 Más que de Líbia tigre carnicero,
 Cuya sangrienta garra
 Si á su rival destroza,
 No su tormento en prolongar se goza,
 Ni á una muerte sin término le amarra.

¡De qué sirvió que un día
 Del Gólgota en la cumbre,
 De excelsa redencion sagrada lumbre
 Rasgara del error noche sombría!

¿Acaso el Rey del cielo llevó á cabo
 La fundacion de imperios terrenales,
 Y dijo á los mortales:
 Tú naciste señor, tú para esclavo,
 Ó á todos en su amor nos hizo iguales?

¡Lepra de Grecia y Roma,
 Esclavitud, abominable afrenta,
 Del mundo antiguo y su esplendor carcoma,
 Borron de las edades,
 Aún tu nefanda mómia se presenta
 A restaurar tus bárbaras crueldades!
 ¿Qué buscas, dí? ¿La América esplendente,
 Ese arrogante, eterno paraíso,
 Perdido luengos siglos en las brumas,
 Y que ante el númen de Colon potente
 Resurgió de improvisó,
 De luz bañado, bálsamos y flores,
 Mecido por las cándidas espumas,
 Y arrullado por pájaros cantores?

Sí, númen infernal: de tu fiereza
 Quieres cubrir sus fértiles llanuras,
 Sus anchos valles, sus profundos rios,
 Y coronar taladas las alturas
 Donde los Andes irguen su cabeza.
 ¡Pluguiese al cielo que el audaz marino
 Sus sueños de esperanzas y de gloria
 En la mitad ahogara del camino,
 Matando su constancia y su memoria,

Antes que un día sus veleras naos,
 El espumoso piélago rompiendo,
 Abriesen un venero á la codicia,
 La primer piedra en el altar poniendo
 De la maldad, el dolo y la injusticia!

Arenales de Libia, donde ardiente
 El astro rey los manantiales seca,
 Y es cieno sólo corrompida fuente,
 En donde el áura en simoun se trueca,
 Y no halla el peregrino
 Sombra regocijada,
 Ni fresca yerbecilla aljofarada
 Que temple las angustias del camino,
 Decid: ¿vísteis acaso
 Que el morador de tan maldito suelo
 Dejar prefiera su abrasado cielo
 Y sus grutas de fieras,
 Por las dulces, balsámicas riberas,
 Donde entre nácar, amaranto y grana,
 El sol buscando deleitoso ocaso
 Se sumerge en la mar americana?
 ¡Tierra infeliz! ¡Tus miserables hijos
 Nacieron á servir al europeo!
 ¡Su color es su crimen, es la marca
 De su degradacion, y el giganteo
 Despiadado poder que el blanco abarca,
 Siempre verán en sus cadenas fijos!
 El irritante orgullo, el homicida

Látigo del señor, de su verdugo,
 Será la ley que sus destinos mida:
 El esclavo no es hombre, ni en su pecho
 Caben patria ni amor, ni á sus dulzuras
 Probar merece ni tener derecho!

¡Ved, las naves ladronas,
 La vela henchida por el viento amigo,
 Resbalan por las crestas juguetonas
 De un apacible mar: feroz pirata,
 En fuego ardiendo de voraz codicia,
 La maldicion burlando y el castigo,
 De su hogar á los negros arrebatá;
 Y la fortuna, á su maldad propicia,
 Los trueca en oro en el país extraño,
 Cual de miserables bestias vil rebaño!

¡Basta, sagrado mar! No ya tu espalda
 De acicalado acero refulgente
 Y de gentil zafiro y esmeralda,
 Tamaño crimen cómplice sustente:
 No ya tus crespas hondas
 Blandas arrullen la maldita nave
 Cuando abandone la africana orilla,
 Y entre sus alas céfiro suäve
 Los ayes vuelva de las penas hondas,
 Que el seno aborta de la horrenda quilla!
 ¡Ábrete, oh mar! Tu inexplorado seno
 Trague tanta maldad, ántes que llegue
 El mercader feroz, y en llanto anegue

Tierra tan infeliz: inmensa tumba
Lábrele su codicia, y en perenne
Olvido y maldicion en tí sucumba.

Siglos de esclavitud, la mano eterna
De la Historia os maldijo, y como aplasta
A Ixion la pesadumbre que gobierna,
Tal anatema basta
Para que el odio de la edad futura
Baldon arroje á vuestra frente impura.
¿Y tú podras al cabo,
Noble generacion, quebrar el yugo
Do se retuerce aún mísero esclavo?
A la mente de Dios sin duda plugo
Fuera tu brazo fuerte,
Íncrito triunfador en la demanda,
Y el hierro del dogal, no de otra suerte
Que en manos varoniles cera blanda.

Armaos, pues, con indomable brio;
Guerra sin tregua á la coyunda impía;
No fatiga al luchar se economice;
Y si la sangre sus infamias borra,
Desenfrenado rio
En corriente sin fin de buenos corra,
Y los derechos santos fecundice.

¡Ved, su santo clamor almas enciende
Y á los pechos ajusta la loriga!
Un pueblo sin rival, del mar allende,
A pelear y á sucumbir se obliga

Contra la impía institucion nefanda,
Y á triunfar ó morir en la demanda.
¿Qué importa que cobarde
A su elevado intento generoso
Haga su hermano de oponerse alarde,
Si á sus infames tropas mercenarias
Afronta valeroso,
Quien á la Libertad ofrece en párias
La sangre toda que en sus venas arde?

¡Viles, los que pensásteis
Que la causa del mal triunfar podia
Y su pendon infame levantásteis!
Si era la causa buena,
Si remachar la bárbara cadena
Del miserable esclavo, era destino
Tan noble, generoso y esforzado,
¿Por qué fué por vosotros confiado
Al plomo desleal del asesino?

¡Lincoln, ilustre víctima inmolada,
La humanidad por quien tu sangre diste
En bronce eterno grabará tu historia,
Y si ántes respetada
Fué de todos los buenos tu memoria,
Hoy, héroe gigante,
Sobre los orbes inmortal existe,
Y tocando en los cielos, como Atlante,
La estatua colosal de tu heroismo
Puesta tiene la planta en el abismo!

Mudo la mira el mundo con espanto,
 Y aunque la envidia su ponzoña vibre,
 Ronco, inmenso clamor dice entre tanto:
 ¡Lincoln ha muerto, pero el mundo es libre!

JULIO MONREAL.

Madrid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

« ¡El hombre es libre! »

Un corazon que entusiasmado late
 Y que sólo aborrece la mentira;
 Sus blancas alas conmovido abate
 Cuando en su torno gira
 La ráfaga del tiempo transitoria
 Conduciendo veloz de punto á punto
 Tímidos ecos de la humana historia.

¡El hombre es libre! La divina esencia
 Que es de la humanidad ardiente vida,
 El universo enlaza
 Llevando esta creencia
 De nacion á nacion, de raza á raza.
 Y en rápido murmullo
 La ola de pretéritas edades,
 Al repetir esta verdad sublime,
 Con voz prorumpe que dictó el orgullo:
 « ¡Libre es el hombre, pero esclavo gime! »

Mas la razon, que en el espacio mora
 De lo increado y grande,
 Su resplandor luciente
 Con generoso anhelo en torno blande:
 Del mundo antiguo la abatida frente
 Ve coronada con profundas sombras
 Que son de la verdad horrible muro,
 Y el mágico fulgor brillante y puro
 De la verdad, espíritu divino,
 Ve que hoy del mundo guia
 El eterno, magnífico destino.
 Y sin pensar que la maldad impía
 A par de la verdad sus rayos vibre,
 Con regocijo exclama:
 «¡Murió la esclavitud! ¡El hombre es libre!»
 Error bendito que engendró el deseo,
 De que mofa procaz el inhumano
 Que en sórdida avaricia
 O bárbaro execrable en su malicia
 Dueño se llama de quien es hermano.
 Vosotros, los que al hombre
 Que amar debeis, audaces y orgullosos,
 Cuando los brazos con dolor os tiende,
 Caprichos imponeis abominosos;
 ¿Estais ciegos, verdad? ¡Oh! Se comprende
 Que cautivos vivís de la ignorancia,
 Y por eso no más, por eso nunca
 Deponeis vuestra estúpida arrogancia.

¡Dichoso quien os abra
 Los ojos á la luz y la conciencia
 De la verdad á la feliz palabra!
 Ved ese hombre que trémulo os contempla
 Por el pavor el alma comprimida;
 Siente en su seno palpitar la vida,
 Su corazon ardiente
 Al pensamiento eleva,
 Noble ambicion que sólo lo infinito
 Puede saciar; donde sus piés asiente
 Íntimo oírse el poderoso grito
 Que á otro mundo mejor sus ánsias lleva,
 Quizá el raudal prolífico y fecundo
 De su razon perfeccionar pudiera
 Las viejas leyes del caduco mundo,
 Y hallar nobles verdades
 En los misterios de la azul esfera.
 Contempladle... Su frente se dilata,
 Nuevo brillo en sus ojos aparece,
 De inspiracion el ángel
 Las ténues alas de radiosa plata
 Sobre su frente plácido estremece.
 ¡Va á enseñarnos el bien! Ya de sus labios
 Rico caudal de pensamientos brota...
 Mas ¡ah! ¡Calla, insensato!...
 ¡Ve tu señor! ¡A su cruél mandato
 Tu padre, á quien le plugo
 Para pena mayor hacer verdugo,

Sella tus labios y tu espalda azota!
 ¡Execracion! ¡Execracion eterna!
 Ante tan grande horror, si no la escuda
 La fé que en ella puso
 El dulce labio de mi madre tierna,
 De Dios y su justicia el alma duda.

¡Mi tierna madre! ¿Oís? Bendito nombre,
 Voz celestial que encierra
 La sola para el hombre
 Pródiga fuente de eternal consuelo,
 Con su presencia cuando está en la tierra,
 Con su memoria cuando está en el cielo.

¿Por qué á tan dulces voces
 En torno conmovidos
 Los tristes ojos revolveis veloces?
 ¡Buscáis á vuestra madre! ¡Intento vano!
 ¡Apenas os dió vida,
 De su regazo os arrancó el tirano!

¿Cómo podreis hurtaros, infelices,
 A tan triste dolor, á mal tan fuerte,
 Si hay un código injusto que sanciona
 Muerte tan dura, que si os deja vida,
 Vida es no más para sentir la muerte?
 No imploreis salvacion de los tiranos;
 Su corazon, de sentimientos seco,
 Rechazaria vuestra audaz plegaria,
 Que entre las ondas débiles del eco
 Fuera á perderse errante y solitaria.

¡Pedid la libertad, pedid la vida
 A quien consiente tan inícuos hechos
 Con que el honor mas límpido se empaña!
 ¡Laten aquí tambien hidalgos pechos
 Que vuestra justa libertad debida
 Están pidiendo á la valiente España!

España, honor del universo y gloria,
 Invicta tremoló sus estandartes
 En uno y otro mundo,
 Y á impulso de su intrépida victoria
 Nació la libertad en todas partes.
 Aquí el Cartaginés, aquí el Romano,
 Rotas al ver sus ínclitas legiones
 Y detenida su triunfal carrera,
 Aprendieron que nobles corazones,
 Por no sufrir de servidumbre el yugo,
 Ejecutan la insólita proeza
 De uno mismo ser víctima y verdugo.
 El árabe esforzado á quien la Libia
 Tropel innumerable de guerreros
 Arrojava incesante;
 Por la constancia y el valor Iberos
 Maltrechas vió sus huestes,
 Siendo la España muro de diamante
 Que le detuvo ante la Europa débil,
 Y rompió denodada las cadenas
 Que forjó la traicion ó forjó el vicio,

Haciéndole volver avergonzado
De su país natal á las arenas.

¡La libertad fué el númen que divino
Por tan gloriosa senda conducia
El fúlgido destino
De esta noble, adorada patria mia!

Estrecho es luego á su ambicion un mundo;
Quiere algo más, y surge de los mares
Otro mundo feliz, vírgen, fecundo,
Que se acoge á las alas tutelares
De la opulenta España, cuyo nombre
Es bendecido porque allí repite
Con resonante voz: «¡Libre es el hombre!»

Y ella sola, ¡ella sola! que no pudo
Sufrir la tiranía,
Y siendo de los débiles escudo
Limitó de los fuertes la osadía;
¡Ella sola conserva
La atroz injuria al Hacedor divino,
Obstáculo que alzado en su camino
Pára sus pasos, su vigor enerva!

¡Oh España generosa, en cuyo seno
De férvido entusiasmo arde la llama!
Escucha la razon que por el orbe
Como viento veloz potente exclama:
¡El hombre es libre, libre aunque lo estorbe
Quien voz de la Justicia se proclama!

Atónito en presencia del tirano
El infeliz esclavo se estremece;
No puede alzar la encadenada mano
Para enjugar las lágrimas,
Mas puede aborrecerle, y le aborrece.
Su cuerpo está oprimido
Mientras ardiendo el alma
En generoso inextinguible anhelo,
Deja la tierra y se remonta al cielo.

¡Dueños de hombres! Si oís que se concitan
En uno y otro pueblo, en todo el mundo.
Voces que ¡abajo las cadenas! gritan,
No creais ese ruido el iracundo
Tronar de la venganza asoladora;
¡No pide afrentas quien afrentas llora!

Cuando el temor vuestra garganta ahogue
Y vuestro rostro palidezca inerte,
Manchándose cobarde por el suelo
Al crujir las cadenas quebrantadas
Y templo ser el mundo de concordia,
Aun los que esclavos son, misericordia
Para vosotros pedirán al cielo.

Nunca en el mal el infeliz se sácia
Ni á la venganza acude rencoroso;
¡El infortunio es noble, es generoso,
Porque él sólo comprende la desgracia!

¡Ved! Si vuestra alma al infeliz desdeña,

Él os perdona al cabo.

¡Miserable llamais á vuestro esclavo,
Y el esclavo á ser buenos os enseña!

No invoqueis intereses; las naciones
Escuchan una voz de polo á polo:

¡La justicia es el solo

Interés de los nobles corazones!

A Dios, de bienes manantial eterno,

Al hombre que posea

El raudo impulso de la santa idea,

Todos pedimos con fervor profundo

Que en vínculo fraterno

Una á los hombres y armonice el mundo.

Ved ahí lo que anhelamos;

¡Justicia y nada más! No se consienta

Error que leyes naturales vicia;

Medita aquel á quien el miedo acose;

¿Puede ser la justicia más sangrienta

Con todo su furor que hoy la injusticia?

¡Dueños de hombres! Sabedlo; pronto el día
Va á amanecer de la justicia santa.

El rumor de la célica armonía

Con eco majestuoso se adelanta;

¡El aliento de Dios es quien le impulsa!

La palabra del hombre que inspirado

La multitud conmueve,

La lira santa que el poeta pulsa,

El acento que mueve

A ínclitos hechos de preclara gloria,

La voz que al mundo guía,

¡Eco son nada más de esa armonía!

¡Nuncio son nada más de la victoria!

¡Ah! Yo que tengo el pensamiento fijo
En ese día de virtud sagrada;

Tantálico tormento

Os veo padecer; ¡os es negada

La amante excelsitud del regocijo!

Y el cruel y tenaz remordimiento,

Con el perdón de los que esclavos gimen,

Como única espezanza os deja el mundo

Para calmar vuestro dolor profundo,

¡Para expiar vuestro nefando crimen!

¡Oh! Sí, nefando, horrible, atroz delito
Que hiela el corazón... ¡Y en todas partes
Férvido suena el entusiasta grito!...

Si hay esclavos, ¿por qué los estandartes

Llevan el lema *Libertad* escrito?

¡Cese en el mundo tan horrible mancha!

La voz de la razón que por el viento

Va pregonando la verdad sublime,

En las almas penetra; con su acento

Al débil haga fuerte, al fuerte anime,

Y todos sin temor, con noble aliento
Por la verdad luchemos.

¡La humanidad lo exige! En el espacio

La hermosa luz de la esperanza brilla.

¡Pronto sin mancha renacer veremos

Las espléndidas glorias de Castilla!

VICENTE NUÑEZ DE VELASCO.

Madrid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

ODA.

Amaos los unos á los otros.

(JESUCRISTO.)

¡Vedle! Torba la faz, secos los ojos
Que del llanto le niegan el consuelo.
Sólo respira enojos,
Y duda de los hombres y del cielo.
¡Es un esclavo! De su patria ausente
Nutre con su sudor la tierra ajena,
Y en bárbara agonía,
Y en incesante pena,
A su perdido hogar cantos envía
Que templan el rigor de su cadena.
Otro tiempo feliz, libre y tranquilo
Cruzó por la montaña,
Sorprendiendo á los tigres en su asilo,
Para alfombrar de pieles su cabaña:
O dulce y cariñoso

Junto á la vírgen de su amor velando,
 En éxtasis dichoso,
 Soñaba con la gloria y la fortuna,
 Poco para sus hijos encontrando
 De un imperio la cuna.
 Hoy débil, vacilante,
 A los piés del señor se arrastra mudo,
 Y de él tiembla delante
 Cual tiemblan ante el lobo los corderos
 Que en el fuerte pastor buscan escudo.
 Así el cedro gigante
 Sus ramas dobla en lánguido desmayo
 De la tormenta al poderoso empuje;
 No teme al huracan que en torno ruge,
 ¡Pero se humilla al rayo!
 ¡Miserable esclavitud! ¿Cuándo en la tierra
 Se borraré tu nombre,
 Y el negro abismo que tu ser encierra
 De luz y de verdad llenará al hombre?
 Do quier vuelvo la vista,
 Hallo de tus secuaces la arrogancia:
 Tu historia me contrista,
 Ora te llames como ayer; *conquista*,
 O como hoy, *ignorancia*.
 Compañera del mal, en todas partes
 Miseria y ruinas á tu lado veo,
 En tí acaban las ciencias y las artes;
 Pues ¿quién concibe esclavo á Galileo,

O Colon, ó Copérnico, ó Descartes?
 De libertad la sacrosanta aurora
 Ya ver en lontananza me figuro,
 Y á su luz bienhechora
 Dibuja el cielo puro
 La santa enseña que el cristiano adora.
 Alegres los querubes
 Himnos á Dios elevan,
 Y dulces brisas y rosadas nubes
 De una en otra region su nombre llevan.
 ¡Su nombre, sí! el augusto
 Emblema del poder y la hermosura,
 Nombre tres veces santo
 Que invoca sin cesar la criatura
 Sus preces dirigiendo hasta el altura.
 Nombre que dice el ave
 En cántico süave;
 Nombre que va el arroyo murmurando
 Con melodioso acento;
 Nombre que al fiero criminal aterra,
 Y llena los espacios de la tierra
 Y la bóveda azul del firmamento.
 ¡Él solo es la verdad! Su poderío
 Donde quiera se extiende y se adivina,
 En la brillante gota de rocío,
 En la desnuda peña diamantina,
 De la alborada en el aliento frio.
 Los astros le obedecen,

Los vientos le secundan,
 A su risa los montes reverdecen,
 Los campos, á su cólera, se inundan.
 Arcángeles le cantan,
 Altares mil los hombres le levantan,
 Y do estampa sus huellas
 Brota perlas el mar, y el cielo estrellas.
 Yo admiro su poder; cien y cien veces
 Ante su altar postrado
 Mi corazón le abrí, y en dulces preces
 Alivio halló mi pecho acongojado.
 ¡Él vive en mi memoria,
 Reina en mi pensamiento,
 A su ley va sujeto mi albedrío;
 Y mientras él me dé fuerzas y aliento,
 Cantará su grandeza el labio mio!

 ¡Alma del alma, libertad querida!
 ¡Tú, cuyo nombre, al par que los sagrados
 De mi Dios y mi padre, pronunciaba
 De mi niñez en la estación florida!
 ¡Tú, que en días de angustia ya pasados,
 Cuando al dolor mi frente se inclinaba,
 Me distes el consuelo
 Mostrándome la espléndida corona
 Que reserva á tus mártires el cielo,
 Tiempo es que brilles ya de zona á zona!
 No más la esclavitud con sus horrores

Y su constante guerra,
 Derrame sus siniestros resplandores
 Sobre confin alguno de la tierra.
 Felices los humanos
 No por razas y pueblos se señalen,
 Sirviendo á la ambición de los tiranos;
 ¡Todos ante el Señor lo mismo valen,
 A todos el Señor nos hizo hermanos!
 ¡Y al despuntar el sol de tan gran día,
 Y al conseguir tan plácida victoria,
 Sonreirán de alegría,
 El mundo, desde Ocaso á Mediodía,
 Y Dios, desde su gloria!

MANUEL DEL PALACIO.

Madrid.

A LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

ODA.

¡Llor á la libertad! ¡Ya no hay esclavos!

¡Hermosa libertad! ¡Célica llama
Que de mi juventud en los albores
Mi pecho ardiente en entusiasmo inflama!
Si del tirano vil á los favores
Rendidos otros sin cesar consumen
Con criminal mancilla
El estro de su númen;
Yo que siento en mis venas
Correr la sangre que alentó á PADILLA,
Yo errante trovador que sin fortuna
En solitario y triste apartamiento
Doy mis ayes al viento
Léjos de la ciudad que fué mi cuna;
Mientras que los favores del tirano
Mil veces mil maldigo...
¡Hermosa libertad, yo te bendigo!

Cual fatídicas sombras ahuyentadas
 Por el genio del bien á los profundos,
 Huyeron ya los tiempos del oprobio,
 En que muda la lengua,
 Inclinado el mirar, quietos los brazos,
 Del mundo para mengua
 En inhumanos lazos
 Sujeto el hombre en su prision sufria.
 Ya de la tiranía
 Sonó por fin la postrimera hora;
 Y alzándose potente
 La voz conmovedora
 Del orador y el vate juntamente;
 Espantoso y horrendo
 Hendiendo los espacios
 Del cañon el estruendo;
 Al grito *¡Libertad, bendita seas!*
 Los mónstruos del horrible despotismo
 Hundiéronse por siempre en el abismo
 Al resplandor de las sangrientas teas.

Allénde el Oceano,
 Bajo un cielo de púrpura y zafiros
 Mora un pueblo grandioso,
 Emporio de la industria y de las artes,
 Cuna de vencedores
 Y á mi entusiasta mente deleitoso
 Cual la primer beldad de mis amores.

Víctimas inocentes
 Del látigo cruel y las cadenas,
 Sin patria, sin hogar, hasta sin nombre,
 Durante años prolijos
 Gimieron con dolor en cautiverio
 Sus más valientes hijos.
 Pero lució por fin el claro dia
 En que el esclavo supo que era hombre,
 No objeto ruin de impura mercancía,
 Y al grito santo *¡Libertad ó muerte!*
 Lanzóse audaz á redimir su suerte.
 ¡Esclavo vencedor! Aunque á cantarte
 No acierte mi laud cual te mereces
 En tu empresa titánica, divina,
 Epopeya simpár digna de Homero;
 Yo que al cielo por tí rogué mil veces,
 Una siquiera en entusiasta trova
 Al son de mi laud cantarte quiero.

¡Vampiros inhumanos que pensásteis
 Que á vuestra crueldad no hubiera diques!
 ¡Despóticos caciques,
 Que el rostro del esclavo ensangrentásteis!
 Si Dios á vuestras almas no ha negado
 La dicha de admirar lo más sublime
 De la presente edad, ved lo que puede
 De un esclavo el encono. No ya gime
 Cual gimió ayer en negro calabozo;

Las armas ha empuñado,
 Y al contemplarlas siéntese aguerrido,
 El alma llena de inefable gozo
 Y de fiero valor el pecho henchido.
 Miradle allí terror de las batallas
 Los peligros vencer; nada le arredra;
 Su cuerpo es cual la piedra
 Para arrostrar del tiempo los rigores;
 No su paso detienen
 Montañas sin igual que al cielo tocan
 De muertos á millares;
 Ni su vista intimida
 La sangre fratricida,
 Que á sus plantas correr ve cual dos mares.
 ¿Qué vale del corcel en la carrera
 El ímpetu brioso?
 ¿Qué el poder del torrente caudaloso?
 Ni el huracan, ni el rayo valen nada
 A detener del ínclito guerrero
 La centellante espada.
 ¿No oís de sus cañones
 Al hórrido estampido
 Cómo ya el alto monte se derrumba,
 Que ha de servir de tumba
 Al pérfido tirano? ¿Y de millones
 De esclavos las cadenas
 No contemplais que arrastra en su corriente
 El gran Missisipi? ¿Y Omnipotente

No oís á Jehová desde las ruinas
 De Richmond, la opulenta,
 La musa de la gloria,
 Destinada á cantar á las edades
 Del pueblo redimido la victoria?
 ¡Oh! sí: ¡gozo inefable! ¡Venturoso
 En loco desvarío
 Discurre el pensamiento
 Y respira por fin el pecho mio!
 ¡Llor al esclavo libre! Aunque á cantarte
 No acierte mi laud cual te mereces
 En tu empresa titánica, divina,
 Epopeya simpár digna de Homero;
 Yo que al cielo por tí rogué mil veces,
 Una siquier felice
 Al son de mi laud cantarte quiero.

¡Feliz dije, ¡mi Dios! cuando mis ojos
 Llanto de fuego abrasa!
 ¡Feliz dije, ¡mi Dios! cuando de hinojos
 Rendido ante tus piés lanzo mi acento,
 Triste como el dolor que me devora,
 Para que atravesando los espacios
 Llegue hasta los palacios,
 Do el magnate opulento
 En brazos del placer tranquilo mora!
 ¡Feliz dije, ¡mi Dios! cuando al pedirte
 Por el esclavo hispano redimido

Contemplo á España aletargada, inerte,
Embriagada en un sueño que es su muerte!...

¡Despierta, vieja Europa!
¡Y tú, mi España, por tu bien despierta;
Que al verte tan dormida
Vergüenza da el mirarte
Más que dormida en tu infortunio muerta!
Si esclavitud es lepra que degrada
Y á los pueblos consume y envilece,
¿Por qué tanto demoras, patria amada,
El aceptar el don que te se ofrece?
¡Tú la nacion de las pintadas flores,
En cuyas brisas que el azahar satura,
En cuya mar y tierra, en cuyas nubes
Aspírase la pura
Y santa libertad de tus mayores!
¿No has de escuchar la voz de los querubes,
Que mi cántico inspiran, siempre esclava
Bajo el infame yugo,
A que al tirano sujetarte plugo?
¡Tú la nacion de los sublimes vates!
¡Tú la nacion terror de los infieles!
¡Tú la que en mil combates
Encubristes el mar con tus banderas
Y eclipsastes el sol con tus laureles!
¡Tú la nacion hidalga en cuyo seno
Enjugára Colon su amargo lloro!

¿Preferirás más tiempo por el oro,
Con que la tiranía
Comprar quiere los timbres de tu gloria,
Tu grandeza, tu prez y tu hidalguía,
A ser nacion de libres y de bravos,
Ser nacion vil de déspotas y esclavos?
¡Oh! no; ¡jamás! ¡jamás! ¡Si tal supiese,
De tu nombre mi lengua maldijese!

¡Angeles del hogar, las que felices
En éxtasis profundo
Aspirais del amor el dulce aroma,
Que embalsama los ámbitos del mundo!
¡Sacerdotes cristianos, querubines,
Que en alas de la fé cruzais la tierra
Mensajeros de un Dios á cuyo nombre
Murió Jesús por redimir al hombre!
¡Genios que de las ciencias y las artes
Sentís la diva llama,
Y cuya ilustre gloria á todas partes
Cual sus rayos el sol lleva la fama!
Venid y en torno mio
Vuestras voces alzad para que lleguen
Del Hacedor al trono
Con el doliente cántico que entono.
Venid, venid y al punto
Vuestras voces alzad, para que España
Al despertar del sueño en que yaciera

Exclame placentera,
 Digna nacion de libres y de bravos,
 Con voz que del un polo al otro vibre:
 —¡Loo*r* á la libertad! ¡YA NO HAY ESCLAVOS!

ABDON DE PAZ.

Madrid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

ODA.

Que el corazon entero y generoso
 Al caso adverso inclinará la frente
 Antes que la rodilla al poderoso.
 RIOJA.

¡Callad, génios del mal! No vuestros cantos
 De odio y rencor henchidos
 Turben mi corazon; no en mis oidos
 Resuene con estrépito profundo
 La ronca voz con que Mavorte airado
 Anuncia su poder, á cuyo estruendo
 Tiembla el abismo y se estremece el mundo.
 ¡Atrás, sombras impías!
 Apartaos de mí, dejadme á solas
 Conmigo, agigantar mi pensamiento.
 No anublareis mi genio, no la oscura
 Nube que en incesante torbellino
 Ruge, y se agita y se revuelve impura,

Vendrá hoy por mi tormento
 A ahogar mi voz, á envenenar mi aliento.
 ¡ Ah! no; mi fantasía,
 Volando majestuosa
 Por la region hermosa
 Que hácia la libertad las almas guia,
 Se elevará hasta el sol; de blancas nubes
 Arrastrará brillante vestidura,
 Y en hebras mil de fuego desatada
 la blonda cabellera,
 Flotando por la esfera,
 Cruzará de la luz los anchos mares,
 Recorrerá del cielo
 Los fúlgidos altares,
 Verá en su raudo vuelo
 Los templos de zafir y los palacios,
 Y al sentir su poder dirá: soy reina
 De ese mundo que oscila en los espacios.
 Y llegará hasta Dios; del libro augusto
 De su saber divino
 Romper los sacros sellos
 Audáz intentará, cuyos destellos
 De la imágen de Dios, del hombre libre
 El grande anuncian, ó el fatal destino.
 ¡ Ah! ¿ Y verá entre horrores
 De la tierra cruzar ciego el camino
 Humillado á los piés de sus señores,
 Y en dolorosa angustia

Mirar con honda pena
 Al cuello suspendida la cadena
 De cruel esclavitud? ¡ Blasfemia horrible!
 El hombre en cuya mente
 De Dios la majestad radiosa brilla,
 La soberana frente
 No inclinará bajo el infame yugo
 Que la nobleza de su ser humilla,
 Ni el corazon ante el feroz verdugo,
 Ni ante la tiranía su rodilla.
 Mas ¡ ay! irresistibles, poderosas,
 Negras ideas de pasados males
 A mi mente se agolpan silenciosas
 En confuso tropel. Ya en los umbrales
 De la vida del hombre, que entre rosas
 Deslizábase dulce, acariciada
 Por las auras risueñas
 De un delicioso Eden, pronto iracundo
 Alzóse rencoroso,
 La centellante espada fulminando,
 De la discordia el brazo, y por el mundo
 Fué desde entónces con furor sañoso
 Guerra, rencor y enemistad sembrando.
 En hornos encendidos
 Con el impuro aliento
 Que en su pecho respiran los tiranos,
 De hierros fabricaron rojecidos
 Ominosas cadenas

Que echaron inhumanos
 Del hombre libre en las augustas manos.
 Y al ver que raudo hácia el Eden volaba
 Su espíritu inmortal, en su soberbia
 Y en su furor, de encadenar sediento,
 Quisieron ¡ miserables!
 Con hierro aprisionar el pensamiento.
 ¡Necia quimera! El hombre
 De su origen sintiendo la nobleza,
Al inmortal seguro,
 El no vencido corazón de fuego
 Levantó con indómita grandeza.
 Y el déspota vió luego
 Que los hierros más duros y tenaces
 Son del martirio, al abrazar la palma,
 Ligeras alas con que vuela el alma.
 ¿Y la guerra cesó? ¿Por fin la aurora
 De más felices dias
 Brilló en la tierra? ¿Ó la indomable suerte
 La condenó traidora
 A triste esclavitud y eterna muerte?
 ¡Ah! Con espanto miran
 Los ojos por el llanto enrojecidos
 A los siglos que giran
 siempre en el alma y corazón heridos,
 Y siempre odiando, y maldiciendo siempre.
 De su seno en el fondo,
 Guarda el esclavo oculto

Odio y rencor eterno
 A los que sirve aborrecibles nombres.
 Su condicion contempla y ve un infierno;
 Cada mirada suya es un insulto,
 Y ¡ maldición! pronuncia el labio impío.
 ¿Hasta cuándo, Dios mio,
 Han de ser en la tierra
 Los hombres el azote de los hombres?
 ¡Oh dura esclavitud! ¡Oh cruda guerra!
 ¡Cuánto el alma os detesta! Si los rayos
 De la celeste cólera obedientes
 A mi voz centellasen, pronto el pecho
 Alzando poderoso
 Contra vosotras de exterminio el grito,
 Lanzara impetuoso
 De su furor el huracan deshecho,
 Y cual moles inmensas de granito
 Cayeran por el suelo retumbando
 Los maléficó genios que os sostienen
 Y enemistad y esclavitud mantienen.
 Mas no; por la ancha esfera
 Resuena clamorosa
 De libertad la voz; cruza ligera
 El tempestuoso mar, y venturosa
 De mi pecho la siento en lo profundo.
 ¿Quién su magia resiste? *Paso*, exclama,
 Y de su fuego á la brillante llama
 Se enciende el corazón y crece el mundo.

¡Oh! sí, preclaros hijos
 Del siglo diez y nueve,
 Cese, cese el gemir, no más horrores;
 Dad treguas al dolor; si un día, aleve,
 Se alzó en la tierra la soberbia henchida
 De infamia y de rencores,
 Hoy la noble figura
 Del hombre se levanta
 Con faz altiva y voluntad segura
 Del mundo en los confines
 Que recorre veloz con firme planta.
 ¿Qué dice al corazón esa corona
 Que trae sobre su frente?
 Su resplandor la libertad pregona;
 La imagen es del hombre
 Tal como Dios la concibió en su mente.

SANTOS PINA Y GUASQUET.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

CANTO.

Cada palabra del Evangelio rompe un
 eslabon de la cadena de los esclavos.

LACORDAIRE.

¿Quién á mi frente mústia
 Ciñe glorioso lauro? ¿Quién coloca
 En mis lánguidas manos
 El arpa de los bíblicos cantores
 Que estremece á los déspotas villanos?
 ¿Quién en mi yerta boca
 Vierte aliento divino
 Sublimando mi ser? Tu imagen pura,
 En carro diamantino,
 Excelsa Religion, ante mis ojos
 Se eleva revestida de hermosura;
 Y bañado en tu aroma el labio mio
 Y en tu lumbre mi alma,
 Celebro tu grandeza y poderío,
 Y arranco al mundo inmarcesible palma.

Tú, de paz y consuelo
 Y de ventura inagotable fuente,
 Que en el monte brotó de Palestina
 A fecundar el dilatado suelo!
 ¡Estrella peregrina
 De redencion...! ¡Alborozaos, mortales,
 Y en plácido concento
 Aclamadla sin fin de zona á zona!
 La CRUZ su enseña, la verdad su acento,
 Su pedestal la cumbre del Calvario,
 La FE su escudo, el cielo su corona,
 Y la inmensa creacion su santuario.
 A su soplo fecundo
 Los ídolos del torpe gentilismo
 Se hundieron como piedra en el profundo;
 Y del puñal triunfando y de la hoguera,
 Como cedro del Líbano frondoso
 De fieros aquilones,
 Arrastró invicta en su inmortal carrera
 Diademas, tronos, pueblos y naciones.

Águila omnipotente,
 Que á sañudas tormentas desafía,
 Paró el vuelo gozosa
 En la torre del alto Capitolio;
 Y añadiendo á sus galas
 Del grande Constantino el áureo manto,
 Recorrió victoriosa

Tugurio humilde y opulento solio,
 Y cubrió el universo con sus alas.
 Augusta Religion, presta á mi canto
 Sublime ardor. De las virtudes madre,
 Que del perdido Eden brinda las flores,
 De la IGUALDAD alzaste la bandera,
 Y tu voz repetía:
 «¡TODOS HIJOS DE UN DIOS, TODOS HERMANOS!»
 Y absorta de alegría
 Cayó á tus piés la humanidad entera,
 Y el alcázar tembló de los tiranos.

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Levantad la frente
 Y al gozo el pecho abrid, los que sumidos
 Yaceis en afrentosa servidumbre!
 Vuestros hondos gemidos
 Trocad en gratos himnos de alabanza,
 Que retumben del Orto al Occidente!
 La benéfica lumbre,
 Que el sagrado Evangelio al orbe envía,
 Colma vuestra esperanza;
 Y del error las nieblas disipando,
 Desde el abismo del oprobio infando,
 A la elevada cumbre
 De vuestra innata dignidad os guía.
 Recobradla; y decore vuestras sienes
 La radiante aureola
 Que al nacer recibísteis del Eterno,

Y arrancaros logró en aciago día
Excerable ministro del averno!

No ya al eco de músicas guerreras,
En tu sangriento circo, altiva Roma,
Sucumbir los verás, pasto de fieras;
Ni en alarde asesino
Cubrirás, de tus Césares gloriosos,
Con sus cabezas el triunfal camino.
Regocijaos; que siervos y señores
Con vínculos se enlazan fraternales,
Y al prócer y al mendigo
Ábrense las mansiones inmortales.
Regocijaos; que como Abril devuelve
Al verjel agostado
La alfombra oliente y el frondoso abrigo;
Así en amor bañado
El último suspiro del CORDERO,
Aura feliz de redencion, os vuelve,
Perdida joya, el esplendor primero.
Al llanto en vuestras dulces emociones
Rienda soltad; que su postrer mirada,
Como rayo estival la nieve dura,
De vuestra vil cadena
Derrite los pesados eslabones;
Y vuestro labio «¡LIBERTAD!» murmura,
Y el ancho mundo «¡LIBERTAD!» resuena.

¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! ¡Nombre sublime,
Que inflama el corazón, la mente inspira,
Y de entusiasmo y júbilo estremece
Las fibras de mi pecho
Y hasta las cuerdas de mi ruda lira!
¡Hija del Cristianismo, al invocarte,
Mi espíritu se eleva y engrandece!
Pródiga en lauros, al linage humano,
Por la árdua senda del progreso impulsa
Tu bienhechora mano,
Que la paz de los tiempos abrillanta.
Hermosa, pura, santa,
Del increado SER centella viva,
Al pie naciste de la CRUZ. Tu cuna,
Rodando por la fúnebre montaña,
Mecióse en lagos de la SANGRE DIVA,
Que fiera deramó en ciego delirio
Judá. ¿Quién, pues, extraña
Que á veces tus heroicos adalides
Alcancen la corona del martirio!

Tú, empero, vigorosa
Y magnánima luchas. Do quier llevas
Calma y dicha. No importa que un instante
Vandálica opresion tu cerviz doble,
Si logras sin tardar conquistas nuevas
Y nuevos timbres. Arrebata acaso
El aquilon impío

Hojas y ramas al añoso roble;
 Mas con lozano brío
 Torna á brotarlas y á las nubes toca.
 Tambien lanza al ocaso
 Y de su solio espléndido derroca
 El genio odioso de la noche oscura
 Al monarca del dia;
 Mas pronto en el regazo de natura
 Animacion vertiendo y alegría,
 Por la anchurosa esfera,
 Con rica pompa y majestad radiante,
 Emprende ufano su inmortal carrera.

¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! Tu dulce acento,
 Que llena los espacios,
 Infunde celestial arrobamiento.
 ¡TODOS HERMANOS, sí! Déspotas viles,
 Que en suntuosos palacios,
 De lisonja servil al vano arrullo,
 Uncís á vuestro carro el pueblo inerme,
 Y su sangre bebeis en copa de oro;
 Mientras sumiso duerme,
 Alzad bríndis sonoro
 Celebrando en opíparos festines
 Su penuria y tormento,
 Vuestros amaños torpes y ruines,
 Y su mudo, oprobioso abatimiento.
 Mas, ¡temblad ¡miserables! si despierta!

¡Ay de vosotros si ¡venganza! grita,
 Y alborotado mar que el cierzo irrita,
 Se agolpa hirviendo y llama á vuestra puerta!
 ¡Temblad! De justa indignacion henchido
 Y de implacable encono,
 Castigará vuestro horroroso crimen.
 Como leon herido,
 Que los hierros quebranta que le oprimen,
 Indómito y furente
 Trizas hará vuestro elevado trono,
 Vuestra corona ceñirá á su frente.

¡Temblad! Entre sus brazos,
 Recobrando su innato poderío,
 Ahogará, como á víbora rabiosa,
 Vuestro maldito, ponzoñoso aliento.
 En vuestro tronco ensangrentado y frio
 Romperá vuestro cetro; y los pedazos,
 Con los sucios girones
 De vuestro manto unidos,
 Alzará, cual triunfantes pabellones
 De su anhelada LIBERTAD naciente.
 ¿Cómo al hinchado, asolador torrente,
 Que valle y selva asorda con bramidos,
 Y raudo al Ponto corre
 Lograreis atajar? ¿Cómo al sañudo
 Torbellino letal, que ronco zumba,
 Y árboles troncha, alcázares derrumba

Sembrando terror mudo,
 Enfrenar y vencer? Soberbia torre,
 Manida de voraces alimañas,
 Que del tiempo retó la furia impía
 Dominando llanuras y montañas,
 Hunde improviso rayo.
 ¡Así el pueblo hundirá la tiranía!

¡Que el pueblo el rayo es! Ante su esfuerzo
 Poderoso, ¿qué sois? Fantasmas vanos,
 Que ostentan vieja púrpura en los hombros,
 Oropel irrisorio en la cabeza,
 Frágil caña en las manos.
 Vuestra opresion abominable acaba,
 Do, por entre cadáveres y escombros,
 Arbol de gloria, á florecer empieza
 La *Libertad*, que á vuestros piés lloraba.
 ¡Y en balde luchareis! ¡Aprestad grillos,
 Cadalsos levantad, blandid puñales,
 Y hasta evocad los mónstruos infernales
 Para extirparla, y proseguir hollando
 Altos derechos, santas prescripciones!
 ¡Afan inútil! Ella,
 De valor tipo, de constancia estrella,
 Inspiracion de grandes corazones,
 Abatirá vuestro arrogante vuelo.
 ¡Caereis, como del cielo
 Satan! ¡Morir matando,

Manchar con nuevos crímenes la historia
 En vuestra hora postrera,
 Alcanzareis no mas! Por cada tumba
 Que abrais, cien campeones
 Se alistarán en su ínclita bandera;
 Y gozosa y ufana,
 Execrando sin fin vuestra memoria,
 De triunfo el himno entonará mañana.

¡Claro y hermoso dia,
 Que en breve ha de asomar! ¡Ilusion pura,
 Que arrebató mi jóven fantasía
 Bañándome en aromas de ventura!
 LIBRES cruzan las aves el espacio,
 LIBRES vagan las fieras
 Por la extension de incultos arenales;
 Y ¿esclavo el hombre vivirá? Mas ¡cielos!
 ¿Qué lúgubres clamores,
 Como agudos puñales,
 Mi pecho ulceran inspirando enojos
 En alas de los ecos voladores?
 ¡Oh ignominia! ¡Oh dolor! Tiendo los ojos
 Por las playas de América remota,
 Y mi espíritu gime horrorizado,
 Y con lágrimas sella
 La profunda afliccion. ¡Cesad, crueles!
 Y ¿el hombre al hombre con furor azota?
 Y ¿el hombre al hombre sin piedad degüella?

Y ¿en afrentar y herir busca laureles?
 ¡Inaudita maldad! ¡Ay! Infelices
 De negra tez, que á la esperanza muertos,
 Sello oprobioso y largas cicatrices,
 Para mengua y horror de nuestro siglo,
 Mostrais de polvo y de sudor cubiertos;
 En mi solemne canto,
 Que confunde á tiranos y verdugos,
 Los ayes recibid de mi sentida
 Compasion y amargura,
 De la indignada Europa el noble grito
 Y de la humanidad el triste llanto.
 De miseria y tortura
 En mar inmenso flota vuestra vida,
 Como envuelta en las sombras del precito.
 Tímidos, apenados os contemplo,
 Mansos corderos que el chacal devora,
 Sin familia ni hogar... ¡y hasta sin templo!
 Nacer, ¡sólo nacer vuestro delito!

Como á tigres indómitos os cazan,
 Como á dóciles perros os ofenden,
 Y para más escándalo y oprobio,
 Como objetos de lucro y mercancía,
 ¡Inícuo accion! en el mercado os venden.
 Pérfido engaño, cruda alevosía
 Os rinden y atormentan. ¡Oh infortunio
 Sin igual! Presenciándolo, sería

Dulce el cadalso al tembloroso reo.
 Allá agitarse veo
 Anciano suplicante,
 Que de rodillas trémulo solloza,
 Mientras cruza su espalda ensangrentado
 El látigo estallante
 De cómitre feroz, que rie y goza:
 Aquí niño apocado,
 En cuadra hedionda, sobre paja y cieno,
 Al cansancio rendido y la fatiga,
 Dormita apenas, y álzase azorado
 De aciago pavor lleno;
 Éste, allí, débil jóven, tosca viga,
 O enorme piedra á soportar forzado,
 Como tronchada flor, cae sin aliento
 Bajo la odiosa carga,
 Que magulla sus miembros doloridos:
 Aquél, no léjos, con heridas ciento,
 Lanzando horripilantes alaridos,
 En abandono y agonía amarga,
 Convulso espira y yerto
 Como reptil inmundo en el desierto.

Mirad la angustia y anhelante lloro,
 La terca lucha y espantosa ira
 De la madre infeliz, que en su hijo tierno
 Cifrando su tesoro,
 Vé abalanzarse al mayoral sañudo,

Que arrebatarlo intenta de sus brazos,
 Y vencedor en el combate rudo,
 A su vista lo arroja hecho pedazos.
 ¡Infame atrocidad! ¡Maldito seas!
 ¡Oh cuánta escena de ignominia y dolo!
 ¡Cuántos ayes do quier! ¡Cuántos horrores
 Que á bosquejar no acierto! ¡Sentir, sólo
 Sentir! ¡No encuentra mi pincel colores!
 ¡Oh Dios! ¡Con que es en vano
 Que su sangre en el Gólgota vertiera
 Por vosotros JESUS! ¡Con que villano
 El hombre, y más cruel que la pantera,
 Del hombre es el verdugo, no el hermano!
 ¿Y su embotado corazon de roca
 No ablandan los divinos manantiales,
 Cristiana CARIDAD, de tu doctrina?
 ¿Y su ofuscada mente no ilumina
 De la razon la antorcha y de la ciencia?
 ¿Y siempre triunfará...? ¡Quimera loca!
 Sin LIBERTAD, ¡mortales!
 ¿Qué castigo mayor que la existencia?

¡Maléfica ambicion! Tú que orgullosa,
 Insaciable sirena,
 Puñal clavaste agudo
 En el pecho de César alevosa,
 Y á Bonaparte hundiste en Santa Elena;
 De tu opulencia cara

Dilatar el imperio imaginando,
 Ciega giras y avara
 La humana dignidad pisoteando.
 Tú, audaz y placentera al vil desdoro
 Del esclavo, y terrible sufrimiento,
 Tu esplendor aumentar y tu grandeza,
 Ardiendo en sed hidrópica de oro,
 Sueñas con sus vigilias y sudores.
 Mas ¿quién hermosas flores
 Busca en seco erial? De la riqueza
 Cuna es la LIBERTAD, que bienhechora
 Vigor da al brazo, al pensamiento alas;
 Y nuevos cauces á la industria abriendo,
 Multiplica y mejora
 Del trabajo los frutos, concibiendo
 Y coronando empresas colosales.
 Clara, abundosa fuente,
 Rotos los grillos de ominoso hielo
 Con que oprimió el invierno su corriente,
 Dividida en raudales
 Alegre corre y fertiliza el suelo.

¡Un CREADOR, una estirpe... Abyectos seres,
 Desdichados autómatas, que al cielo
 Debisteis, como luz el sol radiante,
 Inteligencia y alma;
 No lloreis como débiles mujeres,
 Y del martirio la funesta palma

Convertid en acero centellante!
 ¡Llegue el tremendo instante
 De vencer ó morir! Armad la diestra
 De indignacion latiendo y de esperanza:
 A la lucha volad, á la venganza;
 Y haced de vuestro brio
 Y heredado rencor pasmosa muestra.
 ¡Ved! Del sepulcro frio,
 A impulsar y acrecer vuestros furoros,
 «¡LIBERTAD!» por los aires repitiendo,
 La sombra de ESPARTACO se levanta,
 Que amancilla y espanta
 A los que os vilipendian y torturan,
 Infames opresores.
 Exterminarlos, como á horribles mónstruos
 Jurad de vuestros padres en memoria;
 Y ceñida de lauros triunfadores,
 La LIBERTAD os lleve á la victoria,
 La LIBERTAD al templo de la gloria.

Y ¡aún callais y sufrís! Sabed que bastan
 A romper vuestros brazos
 La que os abrumba bárbara cadena;
 Cuyo rumor siniestro, que baldona,
 Cual sorda maldicion, y aterra al mundo,
 De polo á polo suena.
 Suena; y duelo profundo
 Y eterna, incomparable desventura,

UNION AMERICANA,
 Como tañido fúnebre, te augura.
 ¿Te encumbras LIBRE para ser tirana?
 Tú, que en honor de los paternos lares,
 Sobre el hundido trono de los reyes,
 Alzaste victoriosa
 A la sagrada LIBERTAD altares;
 Tú, que envuelta en las orlas de su manto,
 Sus venerandas leyes
 Acatas jubilosa,
 Y seguro y tranquilo
 Das á la errante humanidad asilo,
 Inquietud á los déspotas y espanto;
 ¿Osas, sin recelar destino adverso,
 Sin temer el ardiente
 Rayo de Dios que abismará tu frente
 En cenizas y escombros,
 Elevarte á la faz del Universo
 De innúmeros esclavos en los hombros?

¡Sarcasmo! ¡Iniquidad! ¡Afrenta! ¡Crímen
 Que al de Sodoma impúdica supera
 Y al de Salem proterva casi iguala!
 ¡Miseros! Tiemblan, gimen
 «¡Piedad!» clamando á la creacion entera,
 Que hondo lamento conmovida exhala.
 Mas ¿qué voz la ancha esfera
 De regocijo y bienandanza inunda,

Y aliento infunde á la cansada mia?
 ¿Qué insólita alegría
 Del orbe por los ámbitos derrama,
 Montes salvando, trasponiendo mares,
 La trompa de la Fama,
 En torrentes de célica armonía?
 ¡Oh LINCOLN inmortal! ¡Salve! Tu labio,
 Entre vivas, aplausos y loores,
 «¡ABOLICION! y ¡LIBERTAD!» proclama;
 Y rauda «¡ABOLICION!» repite el viento,
 Y bañado en fulgores,
 «¡ABOLICION!» devuelve el firmamento,
 Y «¡ABOLICION!» retumba
 Del gran WASHINGTON en la excelsa tumba.

Y al espontáneo, universal, solemne,
 Grato clamor, el mausoleo estalla,
 Y el célebre GUILLERMO lo abandona;
 Y de FRANKLIN, HANCORK y ADAMS seguido,
 Con majestad severa,
 Que turba á los tiranos y avasalla,
 Tributa de laurel digna corona
 A vuestro SALVADOR esclarecido.
 ¡Alborozaos! ¡Ya finan vuestros males,
 Vuestros males sin término prolijos!
 ¡Todos HERMANOS, sí, todos IGUALES!
 Engrandeceos; y en coro reverente
 Bendecid al SEÑOR de cielo y tierra,

Al ETERNO INFINITO, OMNIPOTENTE!
 ¡Gozad! Ya teneis hijos,
 Y hogar, derechos, vida..... Mas ¿qué odioso
 Grito se escucha de *discordia* y *guerra*?
 ¡Un cadáver allí!... ¡Oh alevosía!
 ¡LINCOLN!!! Lágrima pia
 De gratitud y amargo sentimiento
 En lúgubre ademan verted de hinojos;
 Y á sus yertos despojos
 Erigid perdurable monumento.

Víctima infausta de traidora mano,
 De vuestra LIBERTAD mártir insigne,
 Por defenderos sucumbió inocente
 Alcanzando clarísimo renombre.
 Para honrar su memoria dignamente,
 En la funérea losa,
 No brillante inscripcion, ¡grabad su nombre!
 Mas ¿dó se oculta el bárbaro asesino?
 Despedazadle; y arrollad matando
 A la infame canalla,
 Que vuestra justa causa combatiendo,
 De humo y polvo entre espeso remolino,
 Asesta golpes y letal metralla,
 Del bronce asolador al ronco estruendo.
 ¡Muerte á los que el camino
 Cierran, encarnizando la batalla,
 De vuestra LIBERTAD! ¡Basta, villanos!

¡Teneos! ¡Cuán inhumanos
 El hierro esgrimen y el fusil disparan,
 Y siembran luto y destruccion! ¡Oh injuria!
 ¡Oh infamia! Devorados! Pronto sea!
 Redoblad, hasta hundirlos en la fosa,
 Vuestros ímpetus bravos
 Y vengadora furia;
 Y absorto el mundo vea
 La sangre de los héroes gloriosa
 En las venas hervir de los ESCLAVOS!

¡Perezcan, sí! Vuestro esforzado aliento
 Disipe en cruda lid la nube aciaga,
 Que oscurecer amaga
 De vuestra dulce LIBERTAD la aurora.
 Y rápidos avanzan como el viento,
 Y luchan como intrépidos titanes,
 Y estragos y exterminio
 Vomitan como lava asoladora
 Los hórridos volcanes.
 ¡Oh prez! ¡Oh dicha! La ominosa hueste,
 Ébrios de orgullo, destrozar los miro;
 Y aplausos pueblan la region celeste,
 Y de entusiasmo y de placer suspiro.
 ¡Vedlos ¡oh gloria! enrojecer venciendo
 La *amarilla* corriente
 Del Misisípi! ¡Vedlos,
 Dando cima á perínclitas hazañas

Que añaden lustre á su esplendor naciente,
 Ensangrentar los valles y colinas
 De Virginia, y los llanos y montañas;
 Y de la LIBERTAD el estandarte,
 Fieros rayos de Marte,
 De Richmond tremolar sobre las ruinas!

¡Triunfásteis! ¡LIBRES sois! Erguid el cuello,
 Olvidad sobresaltos y pesares
 En el regazo de risueña calma;
 Y al éter suba en férvidos cantares
 La sublime expansion de vuestra alma.
 De vuestra faz el oprobioso sello
 Con ósculos de amor leda ennoblece
 La LIBERTAD que absorbe mi albedrío.
 ¡Oh, si el acento mio,
 De Africa y Asia en la distante arena,
 Del Senegal y el Indo en las orillas,
 Pudiera resonar...! ¡Aún hay esclavos!!!
 ¡Aún ultrajes sufriendo y cruda pena,
 Trémulos de pavor, besan la planta
 De la diosa gentil de las Antillas!
 A tí vuelven de hinojos,
 Ínclita IBERIA, los hinchados ojos
 Apelando á tu honor y á tu conciencia.
 Tú, que enlazas la CRUZ á tus blasones,
 Y fecunda en magnánimas acciones
 Arbolas el pendon de la clemencia,

La bárbara sentencia
 Que los abisma en hórrido quebranto,
 ¡Oh CATÓLICA ESPAÑA! ¡Oh patria mia!
 Revoca afable y pia,
 Y del consuelo bríndales la copa;
 Y acepta, arrebatada en gozo santo,
 El parabien de América y de Europa.

¡LIBERTAD! ¡IGUALDAD... Lozanas flores,
 Que en el almo pensil del CRISTIANISMO
 A la anhelante humanidad ofrecen
 Riquísimos olores...!
 ¿Será que siempre sórdido egoismo,
 Vil ambicion y pérfida malicia
 La arrastren, como el viento débil hoja,
 De la ignominia al tenebroso abismo;
 O que nunca palpitan nobles pechos,
 Que la verdad amando y la justicia,
 El usurpado, espléndido tesoro
 Recobren de sus timbres y derechos?
 ¿Oís? Eco sonoro,
 Que en sacro fuego el corazon inflama,
 Y del bueno reanima la existencia,
 De Sur á Norte sin cesar proclama:
 «¡VIRTUD! ¡INTELIGENCIA!»
 La INTELIGENCIA y la VIRTUD escalen
 La cumbre del poder; y angustas leyes,
 De inmensos bienes manantial fecundo,

Al opulento y al mendigo igualen.
 La INTELIGENCIA y la VIRTUD... ¡Oh hermosa
 Y suspirada union! ¡Que el ancho mundo
 Siglos y siglos imperar os vea;
 Y apacible y dichosa
 Una familia el universo sea!

JOSÉ MARIA RUIZ DE SOMAVIA.

Sanlúcar de Barrameda.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

Todo á humillar la humanidad conspira.

QUINTANA.

Espera, corazon; no ante el rugido
De ese crimen atroz rompas la valla;
Esconde en el silencio tu latido,
Y el ronco acento de tus iras calla;
El mundo como tú de rabia henchido,
Ardiendo en sed se apresta á la batalla;
Hirviendo está la entraña de la fiera;
Espera, corazon; sufre y espera.

¡Pero quieres romper!... Sombra del crimen;
Conciencias del averno envenenadas;

Sollozos de las víctimas que gimen
 En manos de verdugo despiadadas;
 Pueblos que sus quebrantos no redimen
 Con lágrimas á rios derramadas;
 Genio del mal, fantasma pavorosa,
 Imágen del dolor, noche medrosa.

Fiero déspota vil; negros altares
 Del Dios Moloc; aliento de la guerra;
 Tempestad que rebramas en los mares;
 Rojas llamas del seno de la tierra...
 Dad vosotros calor á mis cantares;
 Hunda mi pluma la maldad que aterra;
 Iracundos prestad al arpa mia
 Roncos ecos de bárbara agonía.

¡Oh cuna del valor; bravo portento
 De gloria y de poder; nacion señora
 Que fué del mundo; en cuyo régio asiento
 Jamás el manto recogió la aurora;
 España que me escuchas, presta atento
 Oido á mi cancion desoladora;
 Que quiero ¡oh pueblo! que conmigo llores
 El más hondo dolor de los dolores!

En aquella region que se ocultaba
 Del anchuroso piélagos en las brumas,
 Huyendo á la ambicion, porque guardaba
 Repletas de tesoros sus espumas;
 Á do el gran genovés rectas guiaba
 Sus naves raudas como leves plumas;
 Allí donde la tierra esconde el oro
 Bajo el verde arrayan y el sicomoro.

Allí se esconde la opresion infame;
 Hondo crimen los aires envenena;
 Vive el esclavo que, aunque al cielo llame,
 Sigue arrastrando mísera cadena;
 Es en vano que lágrimas derrame;
 ¡Llanto infecundo, miserable pena!
 Sin amor, sin piedad, se ve vendido
 Y aherrojado, pisado y escupido.

Allí con saña y ademan severo,
 Mas que á la tierra y áun á Dios no cuadre,
 Por precio criminal, por vil dinero,
 Se arranca el hijo á la amorosa madre;
 No hay que pensar que el llanto lastimero
 El duro pecho del señor taladre;
 ¿Qué importa una infeliz á un alma brava?
 No es madre; no es mujer; es una esclava.

Allí la horrenda esclavitud que un día
Nació con el chocar de los aceros
Y que en lagos de sangre se embebia
En los instantes de su ser primeros,
Se extiende y se acrecienta todavía
Por la hidalga nación de caballeros
Cuyo nombre no digo, pues comienza
Á brotar en mi rostro la vergüenza.

Pero sí, lo diré; pues se han borrado
De su honor los patrióticos afanes
Con que libres su nombre han levantado
Los Padillas, Lanuzas y Guzmanes;
Diré, pues tiene esclavos, que ha ultrajado
De tantos héroes los sagrados manes;
Que aunque mi patria es y en ella aliente,
Con mancha tal le escupiré en la frente.

Horrible esclavitud, sobre tu hechura
La huella del Eterno está perdida;
Es el hombre ambulante sepultura
Donde el alma se esconde envilecida;
Mientras mire la tierra tu figura
Y los pueblos ostenten en su vida
Ese cáncer fatídico y profundo,
Ni impera el bien, ni se redime el mundo.

Vedle allí; la hediondez de su presencia
Os acusa el horror de su tormento;
Dióle el cielo sentidos y conciencia
Y ahogó el hombre su propio sentimiento;
Hecha para pensar su inteligencia
Y cerrada á la luz del pensamiento;
De hombre obtuvo de Dios el alto nombre,
Y es sólo bestia vil, sarcasmo de hombre.

No le busqueis hogar; la vida hermosa
De la dulce familia congregada;
El padre amado, la querida esposa,
Y la hija tierna con amor mimada;
Los goces puros, la pasión dichosa,
El amor conyugal, la fe guardada;
¡Oh, léjos apartad!—¿Qué importa al cabo
Saber si existe amor al que es esclavo?

Madres, que en los umbrales de la vida
El aliento infundís en vuestro seno;
Vosotras que á esa sangre desprendida
Dais dulces jugos, ó letal veneno;
Abrid al corazón profunda herida;
De odio á la esclavitud dejadle lleno;
Y que el niño al crecer sienta en sus venas
Sed de quebrar las míseras cadenas.

¡Oh, Lincoln inmortal! ¡Sombra sagrada!
 Tu nombre excelso, tu sin par memoria
 Con tu sangre ¡oh dolor! guardan sellada
 Los altares del templo de la gloria;
 La Humanidad se rinde prosternada;
 Orgullosa de tí vive la historia;
 Tu siglo espera, y á tus manes jura
 Ser digno pedestal de tu figura.

Ven, mártir inmortal; ven hácia el lecho
 En donde esta nacion débil respira;
 El mundo halló la libertad estrecho,
 Y ya á su empuje la reaccion espira;
 Da á mi patria tu espada y rasgue el pecho
 Del tirano señor, roja de ira;
 El crimen morirá con los traidores;
 Que no habrá esclavos sin haber señores.

Patria del Cid, la América te implora;
 Depon el yugo que á su pueblo oprime;
 Sé tú la estrella fiel y salvadora
 Del pobre esclavo que en cadenas gime;
 Ensalza tu poder, suene la hora
 De demostrar tu majestad sublime;
 Que no para oprimirle cual tirano
 Te dió Colon el mundo americano.

No ceda al interés tu impulso noble
 Ni el oro te detenga en tu camino;
 Más, si es difícil, tu ansiedad redoble
 En la heróica mision de tu destino;
 Sé en las tormentas invencible roble;
 Y pues de libertad el don divino
 Derramas cual magnífico tesoro,
 Abajo el interés, sucumba el oro.

¡Oh ruin baldon del tráfico negrero!
 ¡Oh raza humana sin pudor é impía!
 ¡Vender el hombre al hombre por dinero
 Como objeto de vil mercadería!
 ¡Así manchar el estandarte ibero
 La noble raza de la patria mia!...
 ¡Oh patria! esconde tus inícuas manos;
 Digna eres, sí, de amamantar tiranos.

Pero no, — que á borrar mancha tan fea
 Tu pecho hidalgo, tu virtud alcanza,
 Y ya sobre tu frente centellea
 De libertad y amor sacra esperanza;
 Esa voz que la víctima desea
 De «redencion» se escucha en lontananza,
 Y asoma entre raudales de hermosura
 Una aurora de paz y de ventura.

Busquen tus manos de placer henchidas
 Esas gotas de sangre despreciadas,
 Desde tu misma sangre desprendidas,
 Por viles opresores derramadas,
 En los desiertos áridos perdidas
 Y con dura crueldad vilipendiadas:
 Y pues que tuyas son, de amores lleno
 Déles vida y calor tu amante seno.

Ayuda, sí, ¡oh amada patria mia!
 A la empresa del siglo portentosa;
 Que la sombra de Lincoln todavía
 Buscando libertad vaga afanosa;
 En la noche del alma raya el día;
 Y que abolir la esclavitud odiosa
 Sea ante la historia, que ensalzarle debe,
 La corona del siglo diez y nueve.

RAFAEL SERRANO ALCAZAR.

Madrid.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

«Todo á humillar la humanidad conspira.»

Sobre nube de incienso perfumada
 Y aljófar trasparente,
 Con flamígeros rayos coronada
 La centellante frente,
 Deidad sublime se remonta al cielo.
 ¡Númen de inspiracion! ardiente llama,
 Inextinguible, magna, intensa hoguera,
 En piélagos de luz se desparrama,
 Y en inmensos raudales de armonía
 Por la infinita esfera.
 Si abrasada en tu amor mi fantasía,
 ¡Oh santa humanidad! con ráudo vuelo
 Una chispa robara de tu lumbre,
 Y en tu fulgor mi espíritu encendiera,
 Los astros todos, y la escelsa cumbre
 Del consagrado Olimpo conmoviera.

En tu faz luminosa,
 Donde razon, virtud y verdad brilla,
 Con sacrílega mano escandalosa
 Del pecado imprimieron la manilla.
 Como á Satán horrible te oprimieron,
 Y á eterna esclavitud te condenaron,
 Y tu sagrada estirpe oscurecieron,
 Y tu blason y cetro deslustraron.
 La densa oscuridad del torbellino
 Cegó tus ojos y anubló tu frente,
 ¡ Oh vergüenza ! ¡ Oh dolor ! ¡ Negro destino
 Que así tu mal consiente !
 En tu hermosura se cebó el tirano ;
 Fuistes, humanidad, escarnecida,
 Por groseros, fanáticos errores :
 Yo soy del universo ciudadano,
 Enemigo de infames opresores,
 Y entera habré de consagrar mi vida
 A la defensa del linaje humano.

¿ Acaso el Dios que en las alturas mora
 En siervo quiso convertir al hombre ?
 ¿ Al que un prodigio alcanza á cada hora
 Que enaltece su nombre ?
 ¿ Quién el rayo tomando allá en la cumbre
 A su carro de triunfo lo aprisiona ?

¿ Quién sigue de los astros la vislumbre
 Y las estrellas cuenta y eslabona ?
 Al alto Empíreo tú subes sin alas,
 Y al leño prestas en los mares vuelo.
 ¿ Para quién son los valles tristes salas
 Y pequeño dosel el ancho cielo ?
 Para tí, que por tí, y en Dios te elevas,
 ¡ Hombre que la razon contigo llevas !
 ¿ Qué más grande que tú, más poderoso,
 Más semejante á Dios ? Tu pensamiento
 No reconoce vallas ni reposo :
 El arte fué por tí ; por tí la ciencia
 Sobre las nubes colocó su asiento,
 Y hablaste con la Suma Omnipotencia.

¿ Qué Luzbel apagar los resplandores
 De tu divina esencia pretendiera ?
 ¿ Quién un mundo moral de paz y amores
 Al desconcierto y confusion trajera ?
 ¡ Todo lo pudo la maldad impia !
 Negó al Eterno, profanó sus leyes,
 Y consagrandó altar y ungiendo reyes,
 El mónstruo conquistó su monarquía.
 ¡ Ay del ara fatal que al sacrificio
 La víctima presenta maniatada,
 Cuando la estátua colosal del vicio

Caiga entre mil pedazos sepultada!
 De púrpura cubrióse el ambicioso,
 Con soberbio ademan y desvarío,
 Exclamando orgulloso:
 «El cielo, Dios, el hombre, todo es mio.»
 Aterradas temblaron las montañas;
 El Etna y el Vesubio se encendieron,
 Y los yunques y forjas recrujieron
 Dentro de sus flamíferas entrañas,
 Para fundir el grillo y la cadena
 Que vió la humanidad de espanto llena.

Coronada de lirio y blanca rosa
 América inocente,
 Tu sien brillaba nítida y hermosa
 Erguida tras los mares de Occidente.
 ¿Quién derrumbó tu imperio soberano
 De paz y calma y de ventura lleno?
 ¿Cuál la execrable mano
 Fué, que á rasgar tu seno
 Llegó, en alas de furia maldecida?
 ¡Ay! su rabia cruel, terca, sañuda,
 La argolla fabricó para tu cuello,
 Quemó tu espalda con el rojo sello,
 Y á tu puño ciñó la cuerda ruda.
 ¿Y qué? ¡Colon divino!

¿Cuando tu mente intrépida se abría
 A través de las ondas sin camino,
 A la nueva region que apetecía,
 Concibió que el audaz, protervo bando
 Que al pillaje y al mal su instinto inclina,
 Te forzase á labrar el yugo infando
 Que destruyese tu creacion divina?
 ¡Ah! si previeras tan fatal destino,
 Tan grande mengua del linaje humano,
 Tu nave sin timon, rasgado el lino,
 Hundieras en el férvido Oceano.

Tremoló su pendon la tiranía,
 Y el continente presa de terrores,
 En donde quiera oyó que se decia:
 «Aquí no hay más que esclavos y señores.»
 Cedió la majestad; la noble alteza
 De la cerviz humana fué abatida;
 Cayó tanta grandeza,
 A la opresora gleba sometida.
 El surco del sembrado
 Abierto por la mano ensangrentada,
 Con sudores y lágrimas regado,
 Dió la espiga dorada.
 El árbol ofreció copioso fruto,
 El seno de la tierra su tributo

Pagó con larga vena,
 De granos de oro y de diamantes llena.
 Y en tanto que del látigo al crujido,
 La ambicion sanguinaria y avarienta
 Los riquísimos dones recogia,
 Sin pan, desnudo, y sin hogar gemia,
 ¡ Oh insufrible baldon ! ¡ terrible afrenta !
 El que siervo ¡ ay dolor ! en vil desdoro
 Arrancaba á las minas su tesoro.

Aun excitada, la rapiña ardia
 Con famélico afan ; armó las naves,
 Que al viento y mar confia,
 Y las brisas suäves
 Y las olas de Atlántico serenas
 Meciéndolas contino,
 Les abren el camino
 Hasta tocar las líbicas arenas.
 ¡ Qué de ilustres bajeles que llevaron
 Paz y cultura de remotos climas,
 ¡ Oh mar inmenso ! sin piedad hallaron
 Sepulcro eterno en tus profundas simas !
 ¿ Y ora dejas cruzar la blanca vela
 Que una raza infeliz lleva aherrojada ?
 ¡ Observa cómo vuela
 La quilla sumergida,

Al peso de los hierros oprimida !
 No la dejes huir : tus valladares
 Alce bramando el huracan violento ;
 Rujan en tu hondo seno turbulento
 Los abismos hirvientes y espumosos,
 Y los cielos con nublos tempestuosos
 Y ofendidos del crimen,
 El rayo lancen de su augusta ira...
 Mas en vano : la costa americana
 Vése invadida por extraña gente,
 Y con susto y horror pregonar siente :
 « Aquí se compra y vende carne humana ».

Pero lució con vivos resplandores
 Aquel dia feliz, aquel gran dia,
 En que una voz egrégia resonando,
 Con enérgico impulso y valentía,
 Llegó al débil esclavo consolando.
 ¡ Oh Lincoln inmortal ! Tu noble acento
 Viva fuerza de un Dios, el Capitolio
 Despertó con tenaz remordimiento.
 Tú en polvo hundistes el dorado solio
 Que el recio despotismo levantara,
 Tú cuyo brillo el horizonte aclara.
 Al mover de tus labios, las cadenas
 Con horrísono choque se quebraron ;

Los déspotas sañosos
 En sus movidos tronos vacilaron;
 La humanidad con pasmo oyó tu nombre,
 ¡Astro de amor y libertad fecundo!
 «¡Muera la esclavitud, libre es el hombre!»
 Retumbó por los ámbitos del mundo.

Voló el guerrero con templada lanza;
 Ciudadano y pastor allí volaron;
 Hijos, padres, radiantes de esperanza,
 De Virginia en los campos se aliaron.
 Allí el ardiente ibero,
 El galo audaz, el africano fiero,
 El fuerte caledonio y el germano,
 A cobijar, corrieron, la bandera
 Que tremolaba por la vez primera
 Un héroe sobre el suelo americano.
 Cual tromba arrebatada por el viento,
 Cual vendaval que arrasa monte y llano,
 Los ejércitos van en movimiento,
 Destellando en su frente el pensamiento
 De perecer por el derecho humano.
 Tronó el cañon y retembló la sierra
 Al estampido atroz de la metralla,
 Y el volcan de la pólvora que aterra
 Con relámpagos rápidos los aires,

Estalló fulminando en la batalla.
 Si una fuerza divina
 Con su aliento mi espíritu impulsara,
 ¡Cuál de la guerra y la mortal ruina
 A los hombres salvara!
 ¿A qué se habrán de enrojecer las manos
 Hiriendo corazones fraternales?
 Naturaleza nos produjo hermanos;
 La suprema razon nos hizo iguales.

¡Oh terrible momento pavoroso!
 ¡Oh luchas! ¡Oh furores!
 ¡Oh de sangre funesta densos lagos!
 ¿Qué lira rendirá tantos loores?
 ¿Qué trompa cantará tantos estragos?
 ¿Dónde erigir tan alto monumento
 Al triunfo y al valor, cuando la tierra
 En sus estrechos límites no encierra
 Lugar sin sangre en que poner cimiento?
 ¡Venció la libertad, y los errores
 Cayeron de la torpe servidumbre!
 ¡No más nieblas y horrores!
 ¡Un nuevo sol en el cenit alumbra!

¡ Eterna Providencia !
 ¿ Esta raza infeliz, enflaquecida,
 Angustiada en el cieno,
 Entre la fiebre del mortal veneno
 Ha de pasar la alborotada vida ?
 ¡ Falta ya el sufrimiento al pecho fuerte !
 ¡ Cuántas plagas, oh Dios! Quiebre tu mano
 El frágil hilo de tan dura suerte.
 Los siglos á los siglos sucediendo,
 Sin cambio en su miseria ni mudanza,
 Le quitan la esperanza,
 Visten su rostro de dolor profundo,
 Y estenuada, lívida, mordiendo
 Los hierros que la oprimen, muda y ciega
 En el piélago inmundo más se anega.
 Venga el Hércules ya, que furibundo
 Levante osado la tremenda clava,
 Para romper las férreas ligaduras
 Que al Cáucaso inmortal que llaman mundo
 Atan la humanidad que pena esclava.

El águila caudal de ráudo vuelo
 Libre en los aires ví; libres las alas
 Cerniendo por las bovedas del cielo
 Despliega la condor y el buitre insano;
 El árabe caballo se apresura

A su capricho por la muelle arena,
 Y en la pradera amena
 La gacela feliz libre se mira;
 Y libre todo ser vive en el suelo.
 Que si al fiero leon en la espesura
 El cazador astuto lo aprisiona,
 Ruge sediento de feroz venganza,
 Sacude el yugo y libertad alcanza.

Hombres, alzad la pensadora frente
 Al eco tremebundo de la lira;
 Escuchad cómo suena
 Y sacrosanta libertad respira.
 Arda la luz serena
 Y generosa pira,
 Virtud oculta, pero no apagada,
 Que al pecho comunica sus fulgores,
 Y al alma que jamás fuera humillada.
 Al inviolable altar de la conciencia
 Lleguemos todos á jurar las leyes,
 Que iguales son los súbditos y reyes,
 Y es la razon la soberana ciencia.
 Venid : jurad unidos los humanos,
 Sellando así vuestro inmortal aliento,
 No consentir esclavos ni tiranos;
 Y quien pérfido falte al juramento

Contra sí el orbe conjurado vea,
 Gritando con horror: «¡ Maldito sea!»
 Sonó la gran campana
 Que á los siglos anuncia en los espacios,
 Zumbando por cabañas y palacios,
 La union eterna de la raza humana.

¡ Oh númen celestial! el arpa de oro
 Las claras cuerdas diamantinas vibre,
 Y al resonar en el luciente coro,
 Cante con gloria: « ¡El universo es libre!»
 Los déspotas ansiosos
 Ciegos se aprestan á ensanchar su imperio,
 Y la indignada Europa se estremece,
 Que á la coyunda el cuello no se humilla;
 Un pueblo se ametralla y se acuchilla,
 Pero la humanidad nunca perece.
 «¡ Guerra!» anuncian los campos italianos;
 «¡ Guerra!» responde la encendida tierra;
 ¡ Oh! que rebrama ya la última guerra
 Que han de hacer á los hombres los tiranos.
 ¡ Omnipotente Dios! las indomables
 Fuerzas del bronce atronador, tremendo,
 Rompan mugiendo con su bronco estruendo
 Las enemigas huestes formidables.
 Y si nos niega su fulgente lumbre

Un sol de triunfo con adversa suerte,
 Antes mil veces consentir la muerte,
 Que argolla de infamante servidumbre.
 Si vencido el coloso
 Del vano pedestal se desmorona,
 ¿Quién el dosel sustentará insidioso,
 Quién cogerá del fango la corona?

FEDERICO UTRERA.

Sevilla.

Á LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.*

Todo lo que quereis que los hombres
hagan con vosotros, hacedlo tambien
vosotros con ellos.

EVANGELIO SEGUN S. MATEO, c. VII.

¡Oh, si tuviera el vigoroso acento
De Quintana inmortal! Al nombre solo
De patria y libertad cruzara el viento
Eco de redencion de polo á polo.

Dios del que llora, infunde al pecho mio
De inspiracion una centella santa
Para abrasar con ella el lazo impío
Atado del esclavo á la garganta.

* Por una inadvertencia, que no ha sido posible corregir á tiempo, no se ha colocado esta composicion en el lugar que le corresponde segun el órden alfabético de apellidos, en virtud del cual debió insertarse en la página 109.

Dáme que vea la brillante aurora
De la emancipacion; mi canto sea
Para esta gran cruzada bienhechora
El óbolo bendito de Judea.

Los que arrancados de la patria tierra
Gemís entre el oprobio y la amargura,
Alzad las frentes; cuanto el mundo encierra
Nació para labrar vuestra ventura.

Libres sois como el águila del cielo.
¿Teneis un alma que de amor suspira?
Otra hermana hallareis para consuelo,
Que es el bien sumo á que el mortal aspira.

Tras el afan de un laborioso dia,
Allá en la noche tropical, serena,
O al ronco son de la tormenta impía,
Su grato influjo ahuyentará la pena.

Y si un hijo corona vuestros lazos,
Dulce imán que os atrae á lo futuro,
Si reposa dormido entre sus brazos,
U os busca ya con paso mal seguro,

Un palacio es entónces la cabaña,
La paz un sueño bienhechor concilia
No hay en el universo tierra extraña
Para quien tiene hogar y una familia.

El trabajo florece en todas partes,
Puede hacer un vergel de una laguna;
Podeis lograr el lauro de las artes
Si preferís la gloria á la fortuna.

Mas ¡amarga irrisión! ¡Miente mi labio!
Cierto será mañana; ¡mas hoy miente!
La esclavitud existe para agravio
Del que siendo cristiano la consiente.

¡Ley de Cristo, sarcasmo en nuestra boca
Si la imponemos con tan fiero yugo!
¿Cómo amará el esclavo al Dios que invoca
El que es por egoismo su verdugo?

Uno fué nuestro origen en la tierra;
Pero venciendo la injusticia al cabo,
Y á las leyes de Dios moviendo guerra,
¿Quién hizo al blanco libre, al negro esclavo?

La codicia brutal, nueva serpiente
Que hasta nuestros hogares se desliza,
Que seduce á la vírgen inocente,
Y el génio y el amor materializa.

Ella llenó las plazas y mercados,
Como de reses, de hombres y mujeres
Vendidos por negreros despiadados,
Y comprados por viles mercaderes.

Aun hoy, entre el misterio de las noches
Tales tratos inícuos se toleran.
Si en vano es la moral y los reproches,
La ley y la justicia ¿por qué esperan?

No hay paliativos para mal tan grave
Que el corazon del insular gangrena;
Ama á un caballo, compadece á un ave,
¡Y ve el martirio de su igual sin pena!

Revueltos, hacinados sin decoro,
O sufriendo del tiempo los rigores,
Son pobres y producen minas de oro,
Son tristes entre risas y entre amores.

Vedlos allí, doblados al castigo,
Sin juegos la niñez, sin dulce calma
La senectud, sin un recuerdo amigo,
Sin la esperanza que sostiene el alma.

Tantos hijos sin madres, sin bautismo,
Ahogados al nacer ¡horrendo crimen!
Por salvarles del rudo servilismo,
Revelan si sus dueños las oprimen.

Una madre, ¡qué horror! Santa inocencia,
Dáme un velo que cubra tal mancilla.
¿No hay caridad ni amor, no hay ya conciencia
En las nobles matronas de Castilla?

La primera Isabel dió su tesoro
Por conquistar ese ignorado mundo,
Y hoy le diera otra vez, bañada en lloro,
Para arrancarle este baldon inmundo.

Esas fortunas que consume el vicio,
O que derrocha una profusa gala,
Pueden llenar un hondo precipicio
Y alzar al cielo una inmortal escala.

La ley de Dios que el Evangelio encierra
Enseñad á guardar en torno vuestro.
Una madre es un ángel en la tierra,
Y es de sus hijos el mejor maestro.

Y vosotros, guerreros, cuyo paso
El suelo que pisais esteriliza,
¿Medís alguna vez, medís acaso
El luto que sembrais en cada liza?

La gloria del combate es inhumana;
La victoria de sangre se alimenta;
El proscrito de ayer vence mañana,
Y la venganza su poder sustenta.

La ambicion es hoguera que consume,
Llama que entre cadáveres fulgura;
Pero es incienso de inmortal perfume
Si la enciende del bien la antorcha pura.

Dejad, dejad á un lado los aceros;
La razon es más fuerte que la espada:
Sed ántes españoles que guerreros,
Y salvad nuestra patria mancillada.

Esos, que en la soberbia del pecado
Decimos: « reos son de eterna muerte, »
Las leyes del Señor han acatado,
Y han redimido el mal con mano fuerte.

Mas ¡ay! que sorda España, sólo escucha
El clamor de bastardas ambiciones,
Siempre en interna y azarosa lucha,
Escarnio y compasion de otras naciones.

¿Cuándo será que cese este dañino
Hervidero de víboras odiosas,
Que ingratas la devoran de continuo
Rasgando sus entrañas amorosas?

Entonces fuera grande, libre fuera,
Y á esas naciones que la ven con saña
Enseñara por lema en su bandera:
«¡No hay esclavos en Cuba ni en España!»

Pero entre tanto que este día invoco,
Y que le plegue consagrarle al cielo,
Vuele mi canto á donde el sol su foco
Refleja ardiente sobre fértil suelo.

¡Oh criollas! Vosotras cuyas almas,
Aunque presa de abusos tan prolijos,
Son flexibles y hermosas cual las palmas
Que dan sombra anhelada á vuestros hijos;

¿Por qué teneis los bellos ojos puestos
En tantos seres que en el mundo os aman?
¡Ay, que entre ellos y Dios hay interpuestos
Miles de esclavos que justicia claman!

Y la tendrán. En el banquete humano
Gozais cual Baltasar tranquilamente,
Mientras escribe misteriosa mano
La amenaza que el alma no presiente.

Yo la veo brillar; mi pensamiento
La mira entre las sombras del futuro,
Como se ve del huracan violento
Brillar el rayo sobre el manto oscuro.

Y de esas nubes cárdenas, sangrientas,
Que acompañan al sol cuando se oculta,
Se ven surgir las sombras macilentas
De una turba de esclavos insepulta.

En la tierra, en el mar, en lo infinito,
Cada fantasma de esos, sobrehumano,
Pregunta á su señor con ronco grito:
«Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?»

Un volcan amenaza vuestros techos,
Un abismo se oculta á vuestras plantas;
Tal vez desate contra vuestros pechos
El Dios del Sinaí sus iras santas.

No os durmais muellemente sobre flores;
Ved que el dolor en torno vuestro vela.
¡Débil dique es el miedo á los furoros
De un mar airado que romperle anhela!

Temed sinó los fallos celestiales;
Entonces sólo brilla la justicia,
Y es dogal de la muerte en los umbrales
La ilusion que en el mundo os acaricia.

Esas joyas que forman vuestro encanto,
Esos adornos y atavíos vanos,
Fabricados están con sangre y llanto
De mártires que son vuestros hermanos.

Que vuestro corazón, libre de trabas,
Devuelva á tantos pechos la alegría.
Las mujeres también fueron esclavas...
Y lo son de su orgullo todavía.

Teneis padres y esposos que os adoran;
Inspiradles el bien, y si es preciso
Ser pobres, deben serlo los que imploran
Al que ser pobre por nosotros quiso.

Quizá no lucireis fugaces galas;
 Pero el mundo honrará vuestra memoria,
 Y de la caridad sobre las alas,
 Subirá vuestro espíritu á la gloria.

EMILIA MIJARES DE REAL.

Madrid.

ÍNDICE

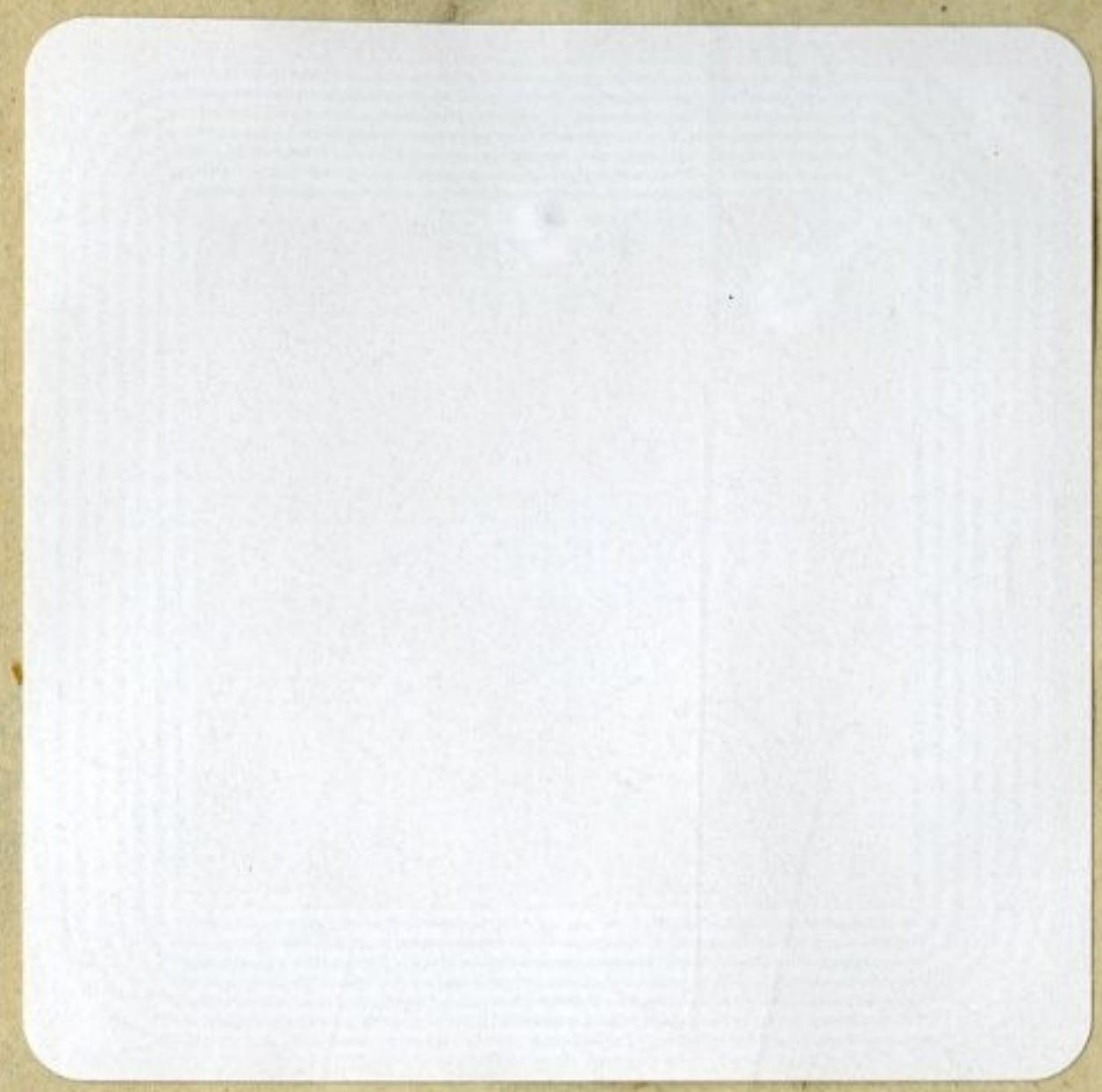
de los autores de las poesías contenidas en este libro.

| | Págs. |
|------------------------------------|-------|
| Arenal (Concepcion)..... | 17 |
| Justiniano y Arribas (Juan)..... | 37 |
| Saz y Berrio (Bernardo del)..... | 47 |
| ===== | |
| Blasco (G. Rafael)..... | 59 |
| Carrion (Antonio)..... | 69 |
| García Balmaseda (Joaquina)..... | 77 |
| Güel y Renté (Juan)..... | 87 |
| Martinez de Velasco (Eusebio)..... | 99 |
| Mijares de Real (Emilia)..... | 191 |
| Monreal (Julio)..... | 109 |
| Nuñez de Velasco (Vicente)..... | 117 |
| Palacio (Manuel del)..... | 127 |
| Paz (Abdon de)..... | 133 |
| Pina y Guasquet (Santos)..... | 141 |
| Ruiz de Somavia (José María)..... | 147 |
| Serrano Alcázar (Rafael)..... | 169 |
| Utrera (Federico)..... | 177 |

INDICE

Los versos de los poetas contenidos en este libro

| | |
|-----|------------------------------|
| 17 | Alfonso (Alfonso) |
| 37 | Alfonso y Alfonso (Alfonso) |
| 47 | Sax y Barrio (Bernardo del) |
| 53 | Alfonso (Alfonso) |
| 63 | Alfonso (Alfonso) |
| 77 | Alfonso (Alfonso) |
| 87 | Alfonso y Alfonso (Alfonso) |
| 99 | Alfonso de Velasco (Alfonso) |
| 101 | Mujeres de Real (Alfonso) |
| 109 | Monreal (Alfonso) |
| 113 | Alfonso de Velasco (Alfonso) |
| 123 | Alfonso (Alfonso) |
| 131 | Alfonso (Alfonso) |
| 141 | Alfonso y Alfonso (Alfonso) |
| 147 | Alfonso de Velasco (Alfonso) |
| 159 | Alfonso (Alfonso) |
| 171 | Alfonso (Alfonso) |



SALA DE PATRIMONIO
 DE LA BIBLIOTECA
 Centro Cultural Biblioteca
 Luis Escobar Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100265753

